



PERIODISMO Y TERRORISMO DE ESTADO

I CONCURSO DE RELATOS LITERARIOS

Secretaría
de DDHH



FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL URUGUAY

Ediciones **EPC**
de Periodismo y Comunicación

PERIODISMO
Y TERRORISMO DE ESTADO
I Concurso de Relatos Literarios

**PERIODISMO
Y TERRORISMO DE ESTADO
I Concurso de Relatos Literarios**

Autores varios

Periodismo y terrorismo de estado : I Concurso de Relatos Literarios / Daniel Chirich ... [et al.] ; coordinación general de Jorge Jaunarena ; Alberto Mendoza. - 1a ed adaptada. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, 2016.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-34-1305-0

1. Dictadura. I. Chirich, Daniel II. Jaunarena, Jorge, coord. III. Mendoza, Alberto, coord.

CDD 323,5

Diseño de tapa: María Soledad Ireba

**Ediciones EPC**
de Periodismo y Comunicación

Secretaría de Derechos Humanos
Editorial de Periodismo y Comunicación
editorial@perio.unlp.edu.ar / www.perio.unlp.edu.ar

Diag. 113 N° 291 / La Plata 1900 / Buenos Aires / Argentina
+54 221 422 3770
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata

Primera edición, marzo 2015
ISBN 978-950-34-1305-0
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
EPC - Argentina

ÍNDICE

| | |
|--------------------------------------|----|
| Prólogo | 7 |
| Hobert | 12 |
| 1978 | 20 |
| Con el cuchillo entre los dientes | 29 |
| Crónica de un periodista sin mordaza | 38 |
| Crónica de una infamia | 46 |
| Crónicas sobre una misma historia | 50 |
| Decir buey | 58 |
| El encuentro | 66 |
| El otro lado del espejo | 72 |
| El palomar | 81 |
| Hormigas | 88 |
| La era esta pariendo un corazón | 94 |
| La otra plaza San Martín | 98 |

| | |
|---|-----|
| La secreta visión de la ceguera | 106 |
| Los distraídos | 115 |
| Los tiraron | 123 |
| Marea de honor | 127 |
| Más que un deseo | 133 |
| Nosotras los padecemos | 141 |
| Víctor Bastera: el que regresó de la muerte | 150 |

PRÓLOGO

Los textos de este libro corresponden al ganador y a los finalistas del *concurso literario “Periodismo y Terrorismo de Estado”*, organizado por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, a través de la Secretaría de Derechos Humanos y de Ediciones de Periodismo y Comunicación (EPC), para conmemorar el 40º aniversario del inicio de la última dictadura cívico militar y eclesiástica que padeció nuestro país.

Si bien la Facultad de Periodismo nació el 24 de octubre de 1994, los orígenes de la carrera (como la vieja Escuelita de Periodismo) se remontan al año 1934. Desde entonces la institución siempre mantuvo el criterio político de luchar por la defensa del derecho a la comunicación, marcando una historia de manifestaciones relacionadas con el compromiso social y político de construcción de una Patria libre, justa y soberana.

El 8 de octubre de 1974 la Universidad Nacional de La Plata, fue cerrada durante un mes por la Misión Ivanisevich, la cual intervino las casas de estudios, impidió la agremiación estudiantil, prohibió la organización de los centros de estudios, la realización de actos y asambleas e impuso cesantías sin causa.

La facultad de Periodismo fue una de las instituciones más golpeadas durante la dictadura iniciada por Jorge Rafael Videla en 1976, con 38 compañeros detenidos- desaparecidos, entre los cuales se encuentran estudiantes, docentes y graduados, de un total estimado de 200 personas que formaban parte de la “Escuela” de ese entonces. Además, la intervención a la Universidad, formó parte la cotidianeidad del Terrorismo de Estado.

Con la vuelta a la democracia, los estudiantes de La Escuela Superior de Periodismo levantan las banderas de Memoria, Verdad y Justicia, haciendo que su institución se caracterice nuevamente por el activismo, movilización y el debate político.

En el año 1993, otro hecho trágico, marcó la vida institucional de Periodismo y volvió a levantar esas banderas en materia de Derechos Humanos: el secuestro, tortura seguida de muerte y desaparición del estudiante Miguel Bru. A estas consignas se sumó la de ¿Dónde está Miguel? profundizando la lucha contra la violencia institucional.

Esta producción tiene como objetivo mantener viva la memoria con la convicción de llegar a la verdad y desde la verdad a la justicia. Somos una parte activa de este momento histórico, que junto a nuestras queridas Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, y desde el año 2003 con la llegada al gobierno de Néstor y Cristina Kirchner, luchamos por la memoria de nuestros 30.000 compañeros desaparecidos. NUNCA MÁS.

SECRETARÍA DE DERECHOS HUMANOS

*Jorge Jaunarena, Alberto Mendoza Padilla, Natalia Zapata,
Tatiana Olivera, Milagros Padrón, Manuel Rodríguez.*

EDITORIAL DE PERIODISMO Y COMUNICACIÓN

JURADO

Cielito Depetris, Eugenia Giusti, María Eugenia Ludueña, Cristian Alarcón, Alberto Mendoza Padilla, Ulises Cremonte y Jorge Jaunarena.

DESTACAMOS LA PREDISPOSICIÓN DEL COMPAÑERO MARTÍN MALHARRO DE FORMAR PARTE DEL JURADO DE ESTE CONCURSO. LAMENTAMOS SU DESAPARICIÓN FÍSICA Y LO TENDREMOS SIEMPRE EN NUESTRA MEMORIA, A TRAVÉS DE SUS TEXTOS, ENSEÑANZAS COMO DOCENTE Y SU MILITANCIA.

Ganador

HOBERT

Por Daniel Chirich

Dedicado a Carlos Hobert y Graciela Maliandi

Cuesta trabajo acostumbrarse a la muerte de Hobert, y Hobert algo presentía. Algo. Una extraña quietud en la calle. Algo que le hizo darse cuenta en el camino de vuelta a casa. Pero lo desechó, pensó que eran ideas suyas, supuso que eran ideas funestas de un mal día, y que si no había demasiados coches, si el barrio tenía esa calma rara, no tenía nada que ver con él. Por lo pronto nadie conocía el lugar. Nadie, salvo Ruth, su mujer, pero eso no cuenta.

Entró, saludó a Ruth que cocinaba, y a su niña, que jugaba sentada en la mesa. Hobert se sentó a su lado, pero al rato se levantó, inquieto.

Cuesta saber que pensaba Hobert, mientras iba hasta el placar a revisar los fierros, mientras verificaba que estuvieran en orden: una ametralladora Uzi recortada, un fusil, dos 45, una para él y otra para Ruth, y dos cajas de balas. Otras veces se había inquietado y había ido hasta el placar a hacer lo mismo: era un hombre ordenado, disciplinado, casi obsesivo. Después de verificar que todo estuviera en orden se calmaba. Sólo que ahora presentía que era distinto y dejó de pensar en eso cuando la vio a Ruth cocinando y se le acercó por atrás a besarle el cuello.

Costaría desde afuera saber lo que ella sintió: en la calle parece que los perros se hubieran puesto de acuerdo en no ladrar. Una quietud rara. Lo dejó a Hobert en la cocina y fue hasta la ventana del comedor que daba a la calle, y no se sorprendió al ver venir una tanqueta del ejército, doblando la esquina, y atrás de esta, otra. No era momento de andar pensando mucho, pero se le vino a la cabeza cuando los compañeros le pusieron Ruth, el día del casamiento con Hobert, después del Cordobazo. Lo que pasó es que el cura villero, cuando los casaba, citó pasajes bíblicos de casamientos, varios, entre ellos el que contaba sobre el casamiento entre Ruth y Booz y la Renga (hasta ese momento ese era su nombre de guerra), cuando el cura dice “a donde vos vayas” le grita mirándolo a Hobert: “yo iré contigo”. Así la Renga que lo abraza a Hobert y lo besa, y llora, y da por terminada la

ceremonia. Desde entonces fue llamada Ruth, que con-
vengamos que como nombre de guerra es más lindo que
la Renga.

Cuesta imaginar que pasó de ahí en adelante, los
últimos momentos de Hobert en la casa de Villa Bosch.
Hobert y Ruth preparándose para aguantar. El buen hu-
mor de Hobert hasta en los momentos más jodidos. Ho-
bert diciendo, cuando saben que salir por adelante no se
puede: “que suerte que no hay puerta trasera”. Y no que-
da más que aguantar. Meter a la niña adentro del placar,
taparla con los colchones, y parapetarse debajo de las
ventanas con las armas. Los dos metidos en un mismo
destino, un destino que venía de antes, desde la toma
a La Calera, por ponerle una fecha. Y sí, digamos que la
venían venir y se quedaron. La pasión heroica llevada a
los extremos, la “hazaña del nihilismo” con la entrega de
la vida: el suicidio, en definitiva, como salida.

Cuesta saber que pensaron, mientras disparaban rá-
fagas y la casita se llenó de agujeros. Aguantaron lo que
pudieron: serían unos diez o doce soldados dirigidos por
un coronel. Un milico canoso y panzón, los demás todos
pendejos. Nunca supe si en ese momento ellos sabían,
los de afuera quiero decir, que el de adentro era Hobert.
No sé si sabían quién era Hobert, después de todo él era
el único que no había pasado a la clandestinidad, era el
único que seguía con su doble vida de empleado admi-
nistrativo, competente y gris, y al mismo tiempo, miem-
bro de la conducción nacional de Montoneros.

Y después de un rato de balacera fuerte y pareja, so-
brevino el silencio. El silencio que se prolongó por varios

minutos y cuesta saber que creyó Hobert que iba a pasar después. Hobert herido con tres o cuatro plomos encima pero bien de ánimo. Hobert que mira a Ruth y ahora sabe que se va a morir antes que ella y entonces se despide. No sé que le dijo Ruth antes de darle el tiro de gracia, el tiro que en medio del silencio retumbó exacto, rotundo, y me cuesta imaginarlo sabiendo lo que lo amaba. Cuesta saber si le juró que no lo olvidaría un solo minuto de una sola hora de un solo día. De todas formas, Ruth también sabe que no hay más días. No es el odio por estos tipos, ni ese día en que te juré que te acompañaría hasta este final, lo que me hace amarte, porque si algo sabíamos nosotros, mi amor, es que este final algún día llegaría, y por suerte estamos juntos. La conducción no se entrega viva, eso es sabido y Ruth lo sabía de memoria. Antes del tiro algo le dijo, algo que no sé y que no me imagino.

El aire, el aire se hizo espeso, Ruth lo deja a Hobert un momento y va a buscar a la nena que está adentro del placar y a salvo. El aire de nuevo, el aire se hizo liviano para Ruth: al mismo tiempo pensaba, pensaba rápido, imaginaba cosas locas. De afuera venían gritos, preguntas, pedidos de rendición, y Ruth con la niña en brazos cubre a Hobert con una toalla. Lo cubre para que la niña no vea a su padre muerto. Y lo cubre para que la toalla se impregne de sangre.

Cuesta imaginar a la toalla impregnándose de sangre. Ruth tira las ametralladoras por la ventana y se dirige a los de afuera. Ruth que habla serena y que les dice que hagan con ella lo que quieran pero que la niña está herida. Quién diría que mantendría esa calma. La niña llora.

La imagen es la siguiente: Ruth de rodillas con la niña en brazos, al lado la toalla ensangrentada y abajo de la toalla ensangrentada, Hobert. Tal vez pensó que nunca había matado a un hombre y el primer hombre que mataba fue su amor. Y en el medio ese milico que atropellaba las palabras:

–¿Cuántos son? – lo dijo gritando, era el Coronel, el Coronel de pelo gris y panzón.

–Mi hija y yo. Estoy desarmada, el hombre está muerto. La nena está herida. Salgo y me entrego si me asegura que a la nena la carga en una ambulancia.

–Primero entréguese.

–Pida una ambulancia, rápido. Yo lo espero acá–, dijo gritando.

El coronel, desconfiado, la manda salir con la nena en brazos. Uno de los soldaditos, agachado y arrastrándose, va hacia la ventana y verifica que adentro no hay nadie con vida. Salvo una mujer con una niña en brazos.

El tiempo recorre la distancia de lo que piensa Ruth hasta que llega a la ambulancia. ¿Cuánto tarda la angustia? Ruth que tomó la toalla ensangrentada para envolver a la nena y la nena que llora, y ella que llora con ella. El coronel la increpa para que camine y ella despacio se pone en marcha hacia la ambulancia.

Cuesta saber que piensa el coronel panzón cuando Ruth se le acerca, chiquita y esmirriada, con una niña en brazos envuelta en una toalla ensangrentada. Ya falta poco mi amor, ya voy con vos. Espérame.

Ruth llega a la ambulancia y le entrega la niña, que no para de llorar, a un enfermero. La ambulancia se va rá-

pido con la niña, todo esto ante la mirada del coronel que en ese momento se da cuenta, en ese mismo momento en que la ambulancia se va y él comprende que la nena, si llora así, no está tan grave; y Ruth que se da vuelta y deja caer la toalla ensangrentada, dejando al descubierto la 45 que le vacía en la panza.

Ya no sé que le dijiste, ahí, en ese instante definitivo, ni con qué cara. Imagino al coronel cayéndose y culpándose por el error, porque una distracción te cuesta la vida. Imagino a Ruth, dejándose matar ya, sin resistencia, pensando en Hobert: “yo iré contigo”, como aquella vez.

Después, la noche en Villa Bosch es apacible, a las pocas horas amanece, de las tanquetas con los milicos no quedan ni rastros. De Carlos Hobert y Graciela Maliandi, alias Ruth, nunca se supo nada. Ya, durante esa noche, los perros no volvieron a ladrar.

Finalistas

1978

Por Fernando Kleiman

Amigos oyentes, el sueño de veinticinco millones de argentinos ya está en marcha. Ante un Monumental colmado, la Argentina ofreció un debut convincente frente a Hungría. No podía ser más auspicioso el estreno del equipo nacional. Párrafo aparte para el comportamiento ejemplar de nuestro público. En momentos en que arrecia una furiosa campaña anti-argentina en el exterior, nada mejor que mostrarle al mundo nuestra virtud de pueblo respetuoso. ¡Vamos país que esto recién comienza!

El rugido que se desplazaba como un huracán sobre el aire helado de la ciudad se filtró por las rendijas hasta penetrar los confines del encierro. Aldo Kogan se estremeció. Hacía dos días que un grupo de tareas de la Armada lo había secuestrado; desde entonces permanecía encapuchado y aislado, encerrado sin otra referencia humana que unos guardias que se acercaban dos veces por día a traerle algo de comer. Sin fuerzas ni coraje para indagar las causas de su encierro, sobrevivía en medio de la angustia y la incertidumbre.

Hasta el instante en que comenzó a escuchar los reflejos de la fiesta popular, desconocía las coordenadas de su paradero. Ahora disponía de un indicio concreto. No podía estar muy lejos del estadio Monumental; aun en medio del terror no escapaba a su pasión futbolera que esa noche era el estreno argentino en el Mundial y la repentina llegada del griterío lo situaba cerca del epicentro de la acción.

Esa simple referencia lo conectó con su condición humana, despertando en parte la sensibilidad oprimida por el miedo animal que sólo hacía foco en la supervivencia. En los pocos días que llevaba cautivo se había resistido a pensar en Raquel y en los chicos. Había desarrollado una rara capacidad para bloquear sentimientos y emociones; pensar en la suerte de Argentina en su debut mundialista, sin embargo, era una preocupación trivial que su cabeza se podía permitir.

Al rato escuchó unos gritos más intensos. Kogan dedujo que sólo podían ser estallidos de gol y tras el segundo, llegó a apretar el puño derecho con fuerza.

De pronto su cuerpo y su alma habían recobrado algo del vigor perdido. Luego de algunos minutos pidió a los gritos que lo acompañaran al baño y apenas se hizo presente el guardia, Kogan habló por primera vez desde su detención:

– ¿Cómo salió el partido?

– ¿Y a vos qué carajo te importa judío apestoso, si Israel no juega el Mundial?

Cuando regresó a su celda se largó a llorar por primera vez desde su captura. Pero minutos más tarde volvió

a escuchar ruidos que llegaban desde la puerta. Alguien abría el candado de su celda. Resultó ser otro guardia, que se acercaba haciendo un esfuerzo para no hacer ruido. Le dijo en voz muy baja: — Dos a uno. Arrancaron ganando los húngaros. Empató Luque y lo dimos vuelta con gol de Bertoni después de una genialidad del Beto Alonso.”

– Te agradezco mucho –respondió Kogan, adoptando el tono discreto de su interlocutor–, ahora necesito que me digas por qué me trajeron acá.

Para esa pregunta ya no hubo respuesta; el guardia le dio la espalda y abandonó la celda. Kogan se zambulló sobre la frazada sucia y se acurrucó de costado. Las lágrimas no tardaron en caer.

Damas y caballeros, muy buenas noches. La Selección acaba de dar un paso gigante asegurándose la clasificación a la próxima ronda. Superó a Francia dos a uno en un partido de ida y vuelta que se resolvió con un derechazo inolvidable de Luque. Una fiesta popular que quedará grabada para siempre en nuestras retinas. Veinticinco millones de argentinos seguimos disfrutando este maravilloso recorrido que además del respeto del mundo entero, está llamado a depositar la copa tan deseada en nuestras manos. ¡Vamos Argentina carajo!

Los días en cautiverio se sucedieron sin demasiados matices. De tanto en tanto el silencio se quebraba con algunos gritos que en cuestión de minutos desaparecían. Kogan escuchó también algunos llantos de bebé. Supu-

so que estaría confinado en un hospital o algún centro asistencial. Trataba de hacer memoria para recordar si existía alguno cerca del Monumental. Sabía que su espacio de encierro no era una prisión; por lo menos no de las que conocía por el ejercicio de su profesión.

Kogan era abogado. Su especialidad era la rama civil y su socio, el Turco Sayegh, se ocupaba de los asuntos penales.

Esa noche, cargando auestas un cautiverio que llevaba ya seis días, a Kogan lo sometía la ausencia de sus afectos; las dudas también. ¿Conocería su gente el lugar donde estaba detenido? Los días transcurrían en cámara lenta y el miedo crecía. A esa altura la noción del tiempo no era más que una vaga e incierta referencia, pero cuando volvió a escuchar el eco inconfundible de los gritos de euforia que llegaban desde el Monumental, supo enseguida que Argentina estaría cara a cara con Francia.

Con el correr de las horas los gritos disminuyeron hasta desaparecer. Entonces fue él quien gritó con fuerza, pidiendo asistencia para ir al baño. Un par de minutos después se hizo presente el guardia que le había dado la información del triunfo ante los húngaros.

“Ganamos dos a uno. El primero lo hizo Passarella, empató Platini y faltando poco Luque metió una bomba desde afuera del área. Ya estamos clasificados.”

Después de agradecer, Kogan pidió que lo acompañara al baño. Hacia allí se dirigieron, con el paso muy lento, como si de algún modo Aldo quisiera prolongar la breve excursión. La compañía de ese guardia lo hacía sentir algo mejor.

Cuando retornaron a su celda Kogan preguntó: “¿Hasta cuándo me van a tener acá?”. Tampoco esta vez hubo respuesta.

Muy buenas noches queridos oyentes. En un durísimo partido, el seleccionado argentino cayó derrotado uno a cero por el poderoso equipo italiano. Este resultado obliga al combinado nacional a partir hacia Rosario, en busca del ansiado pasaje a la gran final de la Copa del Mundo. No es para alarmarse. Ahora empieza el verdadero Mundial y el aplauso de todo el Monumental, cuando el equipo se retiraba del campo de juego, es la muestra más acabada del apoyo incondicional a la Selección y de la unión mancomunada de todo nuestro pueblo. ¡Vamos Argentina, ahora más que nunca!

Durante la mañana, la llegada de varias personas que irrumpieron en su celda le advirtieron a Kogan que aquella no sería una jornada más.

De repente lo tomaron de un brazo: “Vení, vamos a dar un paseíto” Lo llevaron a empujones por un pasillo hasta ingresarlo a otra habitación. Cuando se cerró la puerta le llovieron patadas y trompadas desde todas las direcciones. “Va a ser mejor que cantes, judío de mierda, y no te hagas el vivo porque de acá te sacamos vestido con un trajecito de madera”.

Lo cierto es que Kogan no tenía nada que contar. Era un tipo de familia, un abogado comercial sin militancia política. No tenía grandes ambiciones, ni intelectuales, ni materiales. Pero igual estaba ahí, tirado en el piso como un animal a punto de ser faenado.

Enseguida lo obligaron a quitarse la ropa; poco después una descarga de picana eléctrica impactó en sus genitales. La corriente ingreso por sus testículos y sacudió toda su anatomía, como una llamarada que atraviesa una habitación que se incendia.

Los torturadores le preguntaron por el Turco Sayegh y Kogan les contó lo poco que sabía. Que un mes atrás le había dicho que esa misma noche salía en un vuelo para Caracas, que a partir de ese momento de los asuntos penales se iba a ocupar el Dr. Espinoza y que le agradecía de corazón que no le hiciera preguntas.

Después lo interrogaron acerca de los hábeas corpus que había presentado el Turco y Kogan no supo que responder. Entonces volvieron las descargas. Kogan se desgarró en gritos de dolor.

Cuando retornaron las preguntas Kogan confesó todo. Su activismo clandestino, sus vínculos con el E.R.P. y si lo hubieran interrogado sobre la muerte de Cristo, hubiese reconocido también la autoría del magnicidio. Si ese era el precio para evitar más torturas había decidido pagarlo sin objeciones.

De regreso en su celda, permaneció todo el día desparramado sobre el colchón. La paliza había dejado huellas en su piel y el ardor no le daba tregua.

Hacia la noche volvió a escuchar la resaca de los cantos que llegaban desde el Monumental; debía ser la última fecha de la fase clasificatoria contra Italia. “Perdimos uno a cero. Gol de Bettiga. Ahora hay que viajar a Rosario para llegar a la final”, le dijo el guardia que le pasaba los resultados. Kogan no tuvo fuerzas para agradecerle el detalle.

Damas y caballeros, augurios de una tarde feliz. Bienvenidos a la fiesta inolvidable. A la cita con la historia grande. La que nos es esquivada desde el año treinta en adelante. El sueño de veinticinco millones de argentinos, que no vamos a cejar hasta levantar por fin la copa. Porque somos porfiados, porque corresponde a nuestro destino de grandeza. El gran día ha llegado. Veinticinco de junio de 1978. El mejor Mundial de la historia ya es una realidad. Sólo falta la frutilla arriba del postre para coronar esta maravillosa lección que nuestro pueblo libre y soberano le ha dado a tantos agoreros de diversas latitudes. ¡Al gran pueblo argentino, salud!

En los últimos días, algunos tenues registros de optimismo se habían hecho presentes en el ánimo de Kogan. A un futbolero visceral como él, la clasificación a la final no le resultaba indiferente ni aun bajo las peores circunstancias. Pero además el hito se manifestaba en cuestiones sensibles. La comida era mejor y más abundante y para tranquilidad de Kogan, las sesiones de tortura no se habían repetido.

Incluso había escuchado a unos guardias comentar que “el traslado del judío iba a ser el domingo, antes de la final”.

Y el “traslado”, fantaseaba Kogan, probablemente fuera ser llevado a Caseros o a Devoto o en el mejor de los casos podría ser la libertad. Quizás hasta llegaría a ver la final en compañía de Raquel, sus dos hijos pequeños y sus amigos.

Temprano ese día, una comitiva se hizo presente en su celda. Estaban apurados. Cuchicheaban que no podían demorarse con el “traslado”, porque se les venía encima el comienzo de la final.

Una voz le ordenó que extendiera el brazo derecho y Kogan respetó la consigna, sacudido por la incertidumbre.

El pinchazo fue profundo, punzante y Kogan sintió como el líquido espeso se abría paso a través de su carne temblorosa.

Desconocía que un rato más tarde lograría emanciparse, por fin, del yugo de aquellos demonios; aun al costo de ser lanzado desde un vuelo infame hacia el río.

Y en sus últimos segundos de lucidez antes del sueño profundo se le cruzó la imagen de Raquel y los chicos. Pero lo más curioso es que haya tenido resto para imaginar que horas más tarde, con una actuación memorable del Matador Kempes, Argentina alzaría su primera Copa del Mundo.

CON EL CUCHILLO ENTRE LOS DIENTES

Por Agustina Cavalanti

En Malvinas fue enviado como odontólogo a reconocer muertos. Sólo toma Latitud 33 Cabernet Sauvignon y cocina el guiso criollo con chorizo y panceta. Desde su casa en Concordia, Nelson, dice que volvería a las Islas para recuperarlas.

*“La guerra es un método de desatar
con los dientes un nudo político
que no se puede deshacer con la lengua”*

Ambrose Bierce

Catorce de junio de mil novecientos ochenta y dos. Alfredo Astíz firma la rendición incondicional de las tropas argentinas frente a las inglesas, ante las miradas victoriosas de dos capitanes de las fuerzas armadas británicas: un tal Pentreacho y otro tal Barker.

Nelson Ramón fuma Parliament Suave Común. Corta leña con el pie izquierdo y prende el fuego.

-Fue regreso de perdedores: llegamos a las ocho de la noche y nadie nos esperaba, era todo olvido; no nos habían dado ni plata, ni comida, ni ropa; sólo un pasaje- dice, mientras revuelve el guiso con su mano diestra. La olla es de color negra opaca, su contextura recuerda un casco de soldado quemado por el fuego.

-Caminamos toda la noche buscando un teléfono, eran de esos teléfonos naranjas, pero estaban todos inhabilitados. A las siete de la mañana me fui, solo, a la terminal de Punta Alta.

Veinticuatro horas antes (el trece de junio) tres mil niños formaban en el estadio “Camp Nou” de Barcelona una simbólica paloma blanca, representante Universal de la Paz. El primer equipo de fútbol profesional de Argentina disputaba el encuentro inaugural de la copa mundial España 82, con un resultado desalentador al perder por la menor diferencia ante otro país europeo, Bélgica.

-El mundial lo escuchábamos por alto parlantes en el barco mientras comíamos fideos o polenta. Buscábamos comestibles cuando íbamos al contenedor a descargar muertos. Los soldados que venían de la isla tenían hambre y pedían comida, y el buque estaba sobrepasado de gente. Me acuerdo de haberle acercado una mermelada a un platense que se la comió tan rápido que terminó descompuesto.

Nelson tiene 61 años y vive en Concordia, a cuatrocientos noventa kilómetros de la ciudad autónoma de Buenos Aires, y a unos dos mil doscientos sesenta y un kilómetros de los Archipiélagos del Atlántico Sur. No tiene cara de guerra. Mucho menos de soldado.

-Identificábamos a los muertos por los dientes- cuenta mientras coloca los lentes de lectura en el escote en “V” de su pulóver, rojo caoba de a momentos, rojo sangre de a otros. Por sobre éste, tiene un delantal naranja zanahoria, con líneas verticales amarillas apagadas. Se mezclan los colores con el fuego que sigue provocando calor sobre la olla.

El Buque Bahía Paraíso llevó a Malvinas dieciocho oficiales médicos, más de medio centenar de suboficiales, catorce marineros enfermeros, dos oficiales bioquímicos y tres oficiales odontólogos. Los tres odontólogos cumplían la misma misión: reconocer muertos. Para poder hacerlo debían seguir un protocolo estipulado para la identificación de las piezas dentarias. Los soldados argentinos en Malvinas llevaban una medalla identificadora con nombre, apellido y grupo sanguíneo, pero muchos las perdieron en combate. Y no alcanzaba con las huellas digitales y una descripción física.

-Le abríamos la boca a los cadáveres y tomábamos un registro de sus piezas dentales que nos aseguraba la identidad del muerto. El dentista en la guerra cumple la función de funebrero- indica y golpea el cucharón contra el borde de la olla. Tapa el guiso.

El Bahía Paraíso y el Almirante Irizar zarparon a las Islas como únicos barcos hospitales argentinos. Cada uno tenía doscientas cincuenta camas de internación, cirugía, laboratorio, radiología, dos puestos de recepción y clasificación de heridos, y un helicóptero con capacidad para ocho camillas.

-¿Fuiste médico también?

-Médico, enfermero, curandero, hice de todo lo que se precisaba porque era una obligación que tenía que cumplir. Pero también fui psicólogo y padre; yo tenía 28, ellos 18.

El once de junio del mismo año, a dos meses y nueve días de que el entonces presidente de facto Leopoldo Fortunato Galtieri diera anuncio de la ocupación Argentina en Malvinas, el Papa Juan Pablo II desciende de su avión privado europeo. *“Amadísimos hermanos y hermanas, ante la hermosa basílica de la Pura y limpia concepción de Luján, nos congregamos esta tarde para orar junto al altar del señor”*. Esa misma tarde un soldado inglés, a más de tres mil kilómetros de la Catedral de Luján, tropieza una mina de guerra en la inmensidad del horizonte del Atlántico Sur, desatando un combate cuerpo a cuerpo entre unos trescientos hombres divididos por un conflicto diplomático. No fueron éstos los únicos defensores nacionales. Passarella, Bertoni, Olguín, Galván, Tarantini, Filliol, Gallego, Kempes, Ramón Díaz, Ardiles y un tal Maradona, preparaban sus armas para combatir en un campo minado por la admiración de noventa y cinco mil personas.

Los Mostacholes se hunden en el fondo de la olla negra opaca. Parecen volver a flote pero quedan allí, olvidados, en lo más profundo de las aguas, ya teñidas de rojo por la variedad de esencias, que se amontonaron en un color tragedia.

-Mandábamos cartas y sólo nos comunicábamos por teléfono cuando íbamos a tierra. Después de la guerra fuimos cuatro veces más a rescatar los que habían quedado en la isla.

En el vértice superior derecho de la parrilla, sobre los ladrillos refractarios, hay una lámpara encendida. Una lámpara encendida estalló (*anécdota familiar*) en la cocina de la casa de Nelson en el instante preciso que su madre escuchó por radio uno de los mensajes (falsos) de las Fuerzas Armadas: “Comunicado número tanto, el enemigo ha desobedecido la Convención de Ginebra, nos han atacado el Buque Bahía Paraíso”.

Diseñada para preservar a los combatientes de la guerra, la Convención de Ginebra es un tratado internacional que obliga a los buques-hospital a ser pintados de blanco con cruces rojas oscuras, como emblema de protección para identificar al personal médico. No pueden ser atacados.

-Todas las armas del buque fueron tiradas al mar, porque como era una flota hospital no estaba permitido portar armas. El primer día que llegamos a Malvinas dos soldados ingleses bajaron de un helicóptero y recorrieron el barco con un cartel que decía NO ARMS. La cruz roja ayuda a la gente a vivir, no a morir- reflexiona.

Nelson es hincha de Independiente, del Rey de Copas Latinoamericano, del Diablo Rojo de Avellaneda. El infierno de Malvinas quemó a más de setecientos soldados argentinos, durante la guerra, y algo más de quinien-

tos hombres en los años siguientes, suicidados. De los setecientos caídos en las Islas, trescientos veintitrés se hundieron con el Crucero General Belgrano, un dos de mayo del ochenta y dos.

-Rescatamos con grúas a los náufragos del Belgrano. Algunas balsas estaban vacías, otras con heridos que gritaban y pedían auxilio y otras con muertos- dice, y revuelve la selección de verduras, tramos de chorizos y mostacholes, que ya tienen textura propia y aroma a parador criollo.

-Encontré cuerpos congelados que debía quebrarlos para colocarlos en unas cajas que hacían de ataúd. También había un freezer para guardar a los muertos.

En la “Batalla Naval” el crucero ocuparía el lugar de la flota de cinco cuerpos posicionados en un tablero cuadriculado, esperando a ser descubierto y hundido por el minucioso y matemático enemigo. El “Belgrano” fue utilizado por los norteamericanos para combatir en el frente de la Segunda Guerra Mundial y, en Malvinas, se mostraba inmenso, firme y frío, como esperanza y ambición de soldado.

-¿Tuviste miedo?

-No, porque como tenía la cruz roja de protección, estaba seguro de que no me iba a pasar nada.

Nelson descorcha un vino, Cabernet Sauvignon, Bodegas Chandon. Latitud 33, de tono rubí, aromático y frutado, con leve gusto a madera. Las Malvinas están atravesadas por dos líneas imaginarias en relación al meridiano del Ecuador, y a su par vertical de Greenwich. Latitud 51, Longitud 60. Mientras menor es la cifra de los

paralelos mas cálido es su ambiente geográfico. En las Islas las temperaturas rondan los dos coma ocho grados en invierno, con temporales de lloviznas, nieve y granizo. Es el clima cualitativo por perfección para la degustación de un vino de cepa roja a temperatura ambiente. Los cristales del varietal tornarían su cuerpo frío, fino, casi congelado, como los dedos de la mano de los soldados de la guerra, como sus pechos, sus trincheras y sus deseos.

-Generalmente al “arma” no la encontrábamos por el frío- bromea Nelson sin reírse, como quien cuenta una anécdota sin sentido.

El guiso está al dente. Los Mostacholes fueron derrotados por la fuerza de las aguas y yacen sobre la superficie. Blandos. Frágiles. Con su panza de parrillero se acerca a la olla y la voz de fumador anuncia que todo está listo, aunque prefiera el asado con papas fritas.

-Para los primeros días de abril partimos a Ushuaia. Tenía el cargo de Teniente de Fragata, que era un nivel que te daban por ser profesional.

Un dos de abril de mil novecientos ochenta y dos desde el puerto de Punta Alta zarparon a Malvinas cerca de doce mil soldados de menos de un año de formación militar. Las tropas irrumpieron las Islas Malvinas, declarando una invasión por parte del Reino Unido desde mil ocho treinta y tres. El desencadenante fue el izado de una bandera Argentina. El conflicto Bélico, el primero desde la Segunda Guerra Mundial, terminaría en la rendición

del país americano y en una mancha de sangre más para la historia Argentina.

-¿Volviste a Malvinas?

-No.

-¿Te gustaría volver?

-Si hubiera alguna posibilidad volvería a las Islas para recuperarlas y que sean argentinas otra vez.

CRÓNICA DE UN PERIODISTA SIN MORDAZA

Por Elida Leonor Argüelles

*"(...) Pero el pueblo no dejó nunca
de alzar la bandera de la liberación,
la clase obrera no dejó nunca
de rebelarse contra la injusticia..."*

Rodolfo Walsh

Existen cientos de libros que se podrían leer para entender lo que pasó en Argentina en el mal llamado: "Proceso de Reorganización Nacional". Pero existe también una carta, que un periodista escribió desde la clandestinidad. Un escrito; duro, valiente y denunciador que dijo lo que muchos sabían, pero callaban. Se animó a hablar; "SIN MORDAZA". Contando de personas arrojadas de aviones. De presos políticos torturados. De fusilamientos. De Centros de detención clandestinos. De un lugar lacustre en Córdoba donde los muertos tapizaban su lecho.

Los años ´70 desembarcaron en el almanaque argentino con brisas que soplaban desde las puebladas de

Córdoba y Rosario, y todavía arrastraban olores de Mayo Francés y Cordobazo. Que sumaban a las ropas obreras de la Resistencia Peronista, camisas, pantalones y jeans de estudiantes e intelectuales, y minifaldas juveniles, marchando a paso decidido en busca de libertad y justicia...

¿Quién fue Rodolfo Walsh? ¿Un periodista, un intelectual, un montonero...? ¿Qué fue realmente...? Según sus propias palabras: “Fui ;lavacopas, limpiavidrios, anticuario y criptógrafo”. Así se autodefinía, quizás con el fin de minimizar esa imagen deshumanizada que a veces transmitían los que se destacaban por ser grandes... De esa “suerte de búsqueda interna” partió Walsh, porque atañía a su patria, como la forja de sus anales en tiempos difíciles y porque era urgente aprovechar la vida cuando la tenía y todavía podía servirle. Sin embargo; su voz no tuvo audiencia pública en absoluto. Fue tan sólo la expresión silenciosa y oculta, de una *memoria subterránea*, que recorría susurrante los recovecos de una sociedad miedosa y sometida a la fuerza ostentosa y de terror de la junta militar como dueños de la vida de todos y del Estado.

Para entender su vida y su muerte, es necesario dividir su historia en dos partes. La de su época de estudiante, niño pupilo en colegios religiosos, de familia antiperonista y escritor de artículos banales. Hasta la escritura de su obra: “Operación Masacre”, que cambió su visión y su perspectiva de la vida. Hubo un antes y un después de ese libro. Una división en el tiempo. Un “desmarque” que cambiaría su pensamiento. Sus investigaciones, lo hicieron descubrir, además de sus perple-

jidades, que existía en “el afuera, un amenazante mundo”. Lo que recopiló para escribir su libro, con el que inició el movimiento periodístico-político-literario de la novela testimonial, cambió el rumbo de su visión de escritor, volcándose de lleno en ese género que lo atrapó para no soltarlo... Así, en la 2da parte de su vida, como militante, escritor e idealista, Walsh tuvo una tortuosa relación con la literatura, luego de haberse definido como marxista (“*Soy lento, he tardado 15 años en pasar del mero nacionalismo a la izquierda*”)

Después de publicar; “Operación Masacre” (1957), basado en el testimonio del sobreviviente Juan Carlos Livagra) dijo: “*Esta es la historia que escribo en caliente y de un tirón, para que no me ganen de mano, pero que después se me va arrugando día a día en un bolsillo porque la paseo por todo Bs. As y nadie me la quiere publicar*”. Entonces se dio cuenta, que estaba solo. Que debía pelear por sí mismo y de sus propias entrañas sacar los medios, la voz, la astucia y la fuerza. Finalmente consiguió su publicación, en un pequeño diario nacionalista; “Revolución Nacional”. Después de escribir la obra titulada: ¿Quién mató a Rosendo?, Walsh dijo: “*Las cosas cambiaron realmente en 1968, cuando la política lo ocupó todo*”. “*Ahí empecé a ser un escritor político*”.

En 1976, dada la censura militar, creó ANCLA, y la “Cadena Informativa”; un sistema de difundir información de mano en mano, cuyas gacetillas decían en el encabezado:

“*Reproduzca esta información, hágala circular por los medios a su alcance. Mande copias a sus amigos.. Millones*

quieren ser informados. El terror se basa en la incomunicación. Rompa el aislamiento. Vuelva a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad”.

A un año de gobierno de la Dictadura, el 24 de Marzo de 1977, Rodolfo Walsh, escribió la: “Carta Abierta de un escritor a la Junta”. La envió a varias redacciones; pero ¡nadie la publicó!

EXTRACTO

“La censura de prensa, la persecución a intelectuales, el allanamiento de mi casa en el Tigre, el asesinato de amigos y la pérdida de una hija que murió combatiéndolos, son algunos de los hechos que me obligan a esta expresión clandestina después de haber opinado libremente como periodista durante casi 30 años. El 1er aniversario de esta Junta Militar ha motivado un balance de la acción de gobierno, donde lo que ustedes llaman aciertos son errores y los que reconocen como errores son crímenes. El 24 de marzo de 1976 derrocaron ustedes a un gobierno del que formaban parte, a cuyo desprestigio contribuyeron como ejecutores de su política represiva, y cuyo término estaba señalado por elecciones convocadas para 9 meses más tarde. En esa perspectiva, lo que ustedes liquidaron no fue el mandato transitorio de Isabel Martínez sino la posibilidad de un proceso democrático donde el pueblo remediara males que ustedes continuaron y agravaron. Invirtiendo ese camino

han restaurado ustedes la corriente de ideas e intereses de minorías derrotadas que traban el desarrollo de las fuerzas productivas, explotan y disgregan la Nación. Una política semejante sólo puede imponerse transitoriamente prohibiendo los partidos, interviniendo los sindicatos, amordazando la prensa e implantando el terror más profundo que ha conocido la sociedad argentina. Colmadas las cárceles, crearon virtuales campos de concentración donde no entra ningún juez, abogado, periodista, observador internacional.

El secreto de las detenciones les permite la tortura sin límite y el fusilamiento sin juicio previo. Más de 1.500 desaparecidos. Cadáveres en el fondo del Lago San Roque, un verdadero cementerio lacustre en la provincia de Córdoba, y otros tantos en las costas Uruguayas y en el Río Luján. Más de siete mil recursos de hábeas corpus, que han sido contestados negativamente este último año. El muestreo periodístico de circulación clandestina, que revela que entre el 18 de diciembre de 1976 y el 3 de febrero de 1977, en 40 acciones reales, las fuerzas legales tuvieron 23 muertos y 40 heridos, y la guerrilla 63 muertos. 25 cuerpos mutilados afloraron entre marzo y octubre de 1976 en las costas uruguayas, pequeña parte quizás del cargamento de torturados hasta la muerte en la Escuela de Mecánica de la Armada. De este modo han despojado uds a la tortura de su límite en el tiempo. Como el detenido no existe, no hay posibilidad de presentarlo al juez en diez días según

manda una ley que fue respetada aún en las cumbres represivas de anteriores dictaduras. Los métodos, han retrocediendo a épocas en que se operó directamente sobre las articulaciones y las vísceras de las víctimas. El potro, el torno, el despellejamiento en vida, la sierra de los inquisidores medievales, reaparecen en los testimonios junto con la picana, el “submarino” y el soplete, medidas contemporáneas. Con “el fin de exterminar a la guerrilla justifica todos los medios”, han llegado a la tortura absoluta, intemporal, metafísica en la medida que el fin original de obtener información se extravía en las mentes perturbadas que la administran, machacando la esencia humana hasta quebrarla y hacerle perder la dignidad que perdió el verdugo. “Lo que ustedes liquidaron no fue el mandato transitorio de Isabel Martínez, sino la posibilidad de un proceso democrático donde el pueblo remediara males que ustedes continuaron...”.

RODOLFO WALSH

PERIODISTA- C.I. 2845022

BUENOS AIRES, 24 DE MARZO DE 1977

Estas fueron las reflexiones que en el primer aniversario del infausto gobierno militar, Walsh hizo llegar a los miembros de la Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que el “*periodismo es libre, o es una farsa*”.

El 25 de marzo, entre las 13.30 y las 16.00hs, Walsh fue secuestrado por un grupo de Tareas de la ESMA,

comandado por el oficial de Inteligencia García Velasco. Luego sobrevivientes del Centro de detención y exterminio, le acercaron a su hija Patricia Walsh una versión de lo sucedido. Según esa versión, su padre debía ser *tackleado* por el oficial de Marina, el ex *rugbier* Alfredo Astiz, quien falló. Esto generó una confusión que permitió al periodista tras un árbol, gattillar el revólver calibre 22 que guardaba en la entrepierna. Así hirió a uno de sus agresores, que quedó rengo. A fines del '77, éste, fue galardonado con una medalla en una ceremonia secreta. Según declaraciones de los que sobrevivieron, en la ESMA el cuerpo de Walsh fue exhibido ante el resto de los secuestrados. Ese día de marzo de 1977, a solo 24hs de haber publicado su carta, se produjo su asesinato".

Esa noche, hubo un parto con forceps en medio de la oscuridad naciendo otra Argentina. La de las "Madres de Mayo" y la incansable búsqueda de los desaparecidos y la lucha por los Derechos Humanos".

CRÓNICA DE UNA INFAMIA

Por Patricia Yohai

Cuentan los diarios de la época que un extraño fenómeno del inconsciente colectivo se había apoderado de los habitantes de aquella ciudad.

Según narran los cronistas, aquella mañana de diciembre la gente había amanecido envuelta en un profundo desasosiego, agitada, intentando desprenderse de las invisibles y pegajosas redes de los malos sueños. Como un cielo inflamado de nubarrones de mal agüero, la ciudad se encontraba envuelta por una espesa y homogénea pesadilla.

Al ser consultado por la prensa, el presidente de la Asociación Psiquiátrica expresó que lo ocurrido podría considerarse como una manifestación de histeria colectiva trasladada al sueño. Estos sueños histéricos constituyen derivados de lo reprimido -señaló-, brotes de fantasías edípicas o bien podrían significar deseos de muerte contra otra persona vueltos contra el propio Yo .

Curiosamente nadie recordaba en qué había consistido exactamente la pesadilla, pero con mayores o menores matices se hacía referencia a escenas de perpetuo

sufrimiento o a mudos alaridos de dolor, algunos hablaban de susurros candentes como hierro rojo. Sin embargo todos coincidían en el olor del sueño, un olor dulzón, putrefacto, como el de la carne cuando empieza a descomponerse, *olor a matadero, a fábrica de jabón*, resumió una joven entrevistada.

Al interrogar a la población la prensa obtuvo diversos testimonios. Muchos recordaban siluetas humanas vacías, rostros yermos y lavados, tres agujeros negros que -a manera de ojos y boca- lacrababan los rasgos imprimiéndoles el estigma del horror; algunos decían que en sus sueños las siluetas caminaban con las cabezas encapuchadas, meneándose, como diciendo *no*.

Yo veía esas figuras como trapos sucios, trapos vejados, pisoteados, había dicho un joven de dieciocho años. *A mí me parecían fantasmas*, comentó una maestra jubilada; *sí-agregó un empleado de comercio de treinta y cinco años- eran miles de fantasmas, parecían marchar, por momentos estaban encadenados y se escuchaba el ruido de los grilletes, algunos estaban tirados en túneles cubiertos de azulejos manchados, perforados*.

Esa mañana se había alterado, en cierta forma, el inicio de las actividades cotidianas ya que la población comentaba el fenómeno, presa de un obcecado sentimiento de angustia, al tiempo que un pestilente olor -*el olor de la pesadilla*, decían - se instalaba sobre la ciudad. Fuentes del Servicio Meteorológico informaron que aquel hedor podría deberse a vientos provenientes del Oeste, de la zona de San Justo, La Matanza, que arrastrarían emanaciones de las fábricas de jabones y de los mataderos instalados en esas zonas.

Como para agravar la situación se acercaron a los medios de información algunos sujetos autotitulándose videntes proclamando el advenimiento de oscuras profecías. Según relataría posteriormente un corresponsal del New York Times que había estado recogiendo testimonios entre una multitud apostada en una plaza, una mujer con un pañuelo blanco en la cabeza habría comentado con llana lucidez que todo esto, en definitiva, se trataba nada más que de un desdichado presagio.

En los informativos de las doce del mediodía los locutores anunciaron que el indulto presidencial había sido llevado a cabo con absoluta tranquilidad y que los comandantes de las juntas militares se encontraban ya en libertad.

CRÓNICAS SOBRE UNA MISMA HISTORIA

Por Ignacio Morán

El primer Miércoles de Otoño de 1976, mientras Clara dormía junto a su marido en su casa del barrio “El Quinto”, Carlos estudiaba para rendir el segundo parcial de Estado y Sociedad, Alejandro conversaba acostado bajo la oscuridad con su hermano mayor y María Eva ni siquiera había nacido, Cadena Nacional de Radiodifusión comunicaba a la población que: *- a partir de la fecha, el país se encuentra bajo el control operacional de la junta de Comandantes Generales de las FF.AA. Se recomienda a todos los habitantes el estricto acatamiento a las disposiciones y directivas que emanen de autoridad militar, de seguridad o policial, así como extremar el cuidado en evitar acciones y actitudes individuales o de grupo que puedan exigir la intervención drástica del personal en operaciones –...*

Relato de una noche

Fue un siete de Julio. El calor de la salamandra se escurría entre las manos de mi hijo Alberto cuando su hermano, Darío, pronunció un saludo general avisándonos que se iba

al cine con un amigo del barrio. El olor proveniente de la olla alertó al resto de la familia que ya era hora de cenar. “Un buen plato de guiso le cura el hambre y el frío a cualquiera” exclamó mi marido, soplando la primera cucharada que acercaba a su boca. Una vez levantada la mesa fue el turno del matecocido. Alberto jugaba con el gato y mi hija se reía porque su padre cabeceaba semidormido en la punta de la mesa. Levanté los platos y como cualquier otro día nos fuimos a dormir...

Llegaron esa misma noche. Estábamos durmiendo cuando un fuerte ruido nos despertó de golpe. Mi marido, asustado, se levantó y corrió hasta la puerta del dormitorio para prender la luz. Cuando la claridad se apoderó del cuarto pudimos verlos. Tres hombres encapuchados y armados habían entrado a la casa. Sentada en la cama cerré los ojos intentando serenarme pero de nada sirvió. No solo mis ojos se horrorizaron al escuchar aquella oración de parte de uno de los intrusos. El corazón se me detuvo por un momento para comenzar a latir más fuerte que nunca al instante siguiente. La reiterada pregunta que repetían los intrusos confirmó lo que mis oídos habían escuchado en aquella primera oración “¿Dónde está Darío?” Repetían una y otra vez los encapuchados. Mi marido se encontraba encañonado contra una de las paredes del dormitorio mientras uno de los intrusos le repetía la misma pregunta a mi hijo Alberto en el dormitorio aledaño. Desde nuestra ubicación solo se escuchaba la voz del interrogador ¿Dónde está Darío? ¿A dónde fue? ¿Querés que te lleve a vos? ¿Con quién fue? De repente el individuo que interrogaba a mi hijo salió del cuarto y desde el comedor le hizo señas a sus dos compañeros.

Sin decir nada bajaron sus armas y se retiraron por la puerta de entrada. Abrace a mi marido y entre mi llanto se pudo escuchar el arranque de un auto, confirmando de una vez por todas que los intrusos ya no volverían...

El sueño

Sucedió cuando apenas tenía cinco años. Nunca supe bien si realmente no fue un sueño...

Después de la cena mamá se enojó con migo y con Omar, mi hermano mayor, porque peleamos en la mesa. Luego de un par de gritos nos dio un beso y nos mandó a la cama. Peleamos un rato más hasta que me dormí. De pronto un ruido me despertó. Abrí los ojos y los vi. Dos lobos entraron a casa. No pude verlos directamente, pero vi sus sombras reflejadas en la pared. Silenciosamente recorrían la casa como si buscaran algo. Mi hermano me miró sumergido en la oscuridad del cuarto y, escondido entre las sábanas con cara de susto, susurró: “cerrá los ojos, no te muevas, ni hagas ruido, los lobos se roban la boca y los ojos de los que no duermen” Pero los lobos no buscaban ni mi boca, ni la de mi hermano. Se dirigieron al cuarto de mis papas y por lo visto consiguieron lo que estaban buscando. Lógicamente no se escuchó ningún ruido ni grito, porque los lobos roban bocas, ni nadie corrió ni siguió a las fieras, porque los lobos también roban ojos. Pero mi hermano y yo, que estábamos escondidos, vimos y oímos todo. Los lobos salieron de la casa y se dirigieron hacia el bosque. Nos levantamos de la cama y decidimos salir en busca de ellos. Nos sacamos el pijama, nos pusimos zapatillas y nos adentramos en la oscuridad. La noche

estaba fría y el bosque parecía vacío. En el camino nos cruzamos algunas lechuzas viejas y adornadas, miraban todo desde arriba, desde la copa de los árboles. No dudamos en preguntarle por los lobos, pero las viejas lechuzas adornadas parecían no querer responder, se hacían las tontas y miraban para otro lado cada vez que alguno de los dos pronunciaba una pregunta. Entendimos que las aves no abrirían el pico y decidimos seguir nuestro camino. La noche se ponía cada vez más fría y oscura. Luego de un par de horas de caminata nos cruzamos con una señora alta y elegante con los ojos vendados. La mujer lloraba desconsolada arrodillada detrás de una balanza vieja y rota. Omar le preguntó reiteradamente que le pasaba pero la señora no lo escuchaba, entonces entendimos que los lobos además de robar bocas y ojos también pueden robar oídos y romper balanzas. Seguimos viaje y en el camino alguien se encargó de advertirnos que el encargado del bosque era un cerdo gordo y grande que hacía tiempo se encontraba ausente. Por más que lo buscamos y preguntamos no pudimos dar con él. Más que horas y días parecieron años de búsqueda pero por fin dimos con alguien que aún tenía ojos y boca, y también tenía oídos. Una tortuga vieja y arrugada lucía un pañuelo blanco en la cabeza y se encontraba caminando a paso lento y decidido por nuestro mismo camino. Corrimos un poco y la alcanzamos. Al preguntarle por los lobos, la vieja y sabia tortuga, nos respondió que los lobos ya no existían, que ahora los lobos eran ratas y como buenas ratas, que ahora son, pueden encontrarse fácilmente escondidos en cualquier lugar donde no dé el sol.

Volver

Cuando tuve edad para entender ciertas cosas mi mamá me lo contó. A mi papá se lo llevaron cuando yo todavía ni siquiera había nacido. Los militares lo sacaron de casa cuando aún me encontraba en la panza y nunca lo pude conocer. Con el tiempo comencé a enterarme lo que los militares hacían con las personas que sacaban de sus hogares y entendí porque papá nunca volvió. A veces puedo imaginar a mi viejo siendo torturado o muerto y otras veces lo imagino en casa, viviendo su vida antes de que yo naciera, sonriendo, discutiendo, haciendo un asado o simplemente volviendo de la fábrica.

No hace mucho tiempo me cruce con alguien que fervientemente pregonaba, en un almacén del barrio, que ya era hora de que vuelvan los militares, que con los militares se vivía tranquilo y se podía caminar por la calle “Ahora si salís de tu casa no sabes si volves” concluyó. Desde aquel día comencé a cuestionarme esos tres conceptos, el de “vivir tranquilo” y el de “caminar por la calle”, pero sobre todo el de “volver”. Si con los militares se vivía tranquilo, se podía caminar por la calle y la gente volvía a su casa ¿Dónde está mi papá? Quizá se haya perdido en el camino, pensé.

La última cena

Trabajamos todo el día junto al “Vasco” y Marcelo. La jornada de laburo terminó cuando Marcelo se despidió a las puteadas después de que el “Vasquito” se apoyara en una pared recién levantada tirándola por completo. Pocas veces me refí tanto en mi vida. Por la noche, una vez

que ya habían pasado las brocas, después de una buena ducha y la paz que le brinda a uno llegar a su nido, nos juntamos a cenar con los chicos de la Juventud Peronista que también trabajaban en nuestro barrio, ellos estaban levantando la sociedad de fomento. Entre mates, debates y piropos a la patria la noche fue transcurriendo y cuando quise acordar ya era hora de volver a mi hogar.

Si hubiera sabido que esa sería la última vez que vería a la mayoría de mis amigos y compañeros no hubiera vuelto a dormir a mi casa.

Un nuevo 23 de marzo se consuma en la ciudad de Luján. Pasadas las 20hs el sol deja ver sus últimos rastros de luminosidad mientras las estatuas de la municipalidad, firmes y erguidas cómo siempre, aprecian como los primeros y quizá más ansiosos convocados comienzan a amontonarse y agruparse sobre las viejas baldosas del centro lujanense. Entre tantos asistentes se pueden advertir varias caras conocidas. Los abrazos, besos y sonrisas se apoderan del paisaje. Una mujer muy anciana, con un pañuelo blanco en la cabeza y acompañada de una señorita que sostiene su brazo con tanto orgullo que conmueve, saluda muy atentamente regalando algunas sonrisas. El señor de chaleco verde flúor da una orden y dos asistentes proceden a cortar el tránsito. Un grupo de personas, entre las cuales se encuentra la señora de pañuelo blanco, sale de la Sociedad Italiana cargando un banner que tiene varias fotos de jóvenes en blanco y negro y un número impreso de cinco cifras. Las personas que cargan el banner se posicionan en fila, mirando

hacia la Avenida Humberto. Inmediatamente, el resto de los presentes se acomodan detrás de esta fila, mirando hacia el mismo lado. Esperando.

De repente, una mujer mayor se para frente a la multitud y rompe el silencio con un grito que suene como un trueno “30.000 compañeros detenidos desaparecidos” y calla. La multitud contesta de inmediato, acatando las reglas de una especie de juego que nadie explicó pero que todos entienden. Todas las voces gritan al unísono “Presentes”. La mujer reincide y el público vuelve a contestar de la misma manera. La parte final del diálogo concluye en “ahora y siempre”.

El silencio vuelve a apoderarse de la escena y es entonces cuando Alejandro da un paso al frente, María Eva seca sus ojos húmedos de nostalgia, Carlos respira hondo inflando el pecho y Clara acomoda el pañuelo sujeto a su cabeza. Todos lo entienden. Es hora de marchar.

Trabajo inspirado en las entrevistas e investigaciones realizadas por la Revista Cultural *El Nido* para su tercera edición – “Edición especial Día por la memoria, por la Verdad y la Justicia”

DECIR BUEY

Por Mariela Panigadi

Sobre la mesa hay un jarro de lata. La leche gruesa reclina el asa. Nadia usa su tristeza para ordenar la noche de Teo. Teo huele a orina. En torno a él quita las casas, no permite caminos. Avienta gritos de pájaros nocturnos, pulgas, y lo deja entredormir. Pero es impaciente y provoca que Teo no respire y despierte. Sabe que privar de aire a Teo le genera pavor y que la máquina de escribir de la comisaría vuelva teclear lo que él *dice*, pues, igual que los bueyes, Teo guarda pocas cosas en la cabeza. Cuando halló las flores, unas flores de invierno en el fondo del bolsillo, también las olvidó. Las flores duraron con los bordes doblados. Tal como pasó el viento. El viento en los pétalos, la margen del río en el viento y el viento en la frente de Teo. Allá en la costa el aire es pelaje. Gordo. Como los pájaros del techo, Teo está viciado de noches abiertas. Nadia prende un cigarrillo para Teo que está *guardado*. El cigarrillo pasa el rato en la boca. La luz de gas del farol es caliza y las lágrimas en cal aguantan vivas. Queman los labios.

Cada borde arqueado de los pétalos es para la luz una uña negra. El jarro penoso le da risa a Nadia. Los pájaros del techo la observan. La risa no modifica a la sombra. La cabeza toca el techo. El cabello es pared. En los nidos urbanos los ojos de los pájaros se vencen porque el cielo va sin estrellas. Sólo la luna aumenta hasta desaparecer. Nadia se limpia la risa de los ojos. La tristeza da media vuelta. Y es odio. El odio da media vuelta. La tristeza no está. La vuelta entera siente furia.

Para los pájaros la sombra de Nadia es aire cespido de invierno. Ese aire curva vegetaciones y enfría las casas. Nadia hace yogur acostumbrada a la falta de energía eléctrica. Abre la ventana de la cocina, deja potes en el vano. Los ha tapado con una tela floja y blanca. Ahora los pájaros son más oscuros que la noche. Y la noche ya es muy alta. La vainilla tiene memoria y huele a bazo y buche de vaca.

Cuando Nadia era niña, y hasta que pudo hacerlo ella misma, le trenzaban el cabello. La trenza era una corona de tres espigas. Entonces el cuello de Teo era blanco y tierno. Después de la escuela esperaba ver pasar a Nadia. Todos andaban con su pelota, la gomera, el perro hociudo. Teo era impassible o vacío. Las manos caídas. “Hoy es lunes,” le *dijo* un día a Nadia.

“Y la luna es verde”, *dijo* ella. Martes, miércoles, jueves. Viernes: dos días más. Nadia tuvo unas pantuflas rojas, un gorro de felpa, y cintas rojas para la trenza, como su abuela

La abuela unía a la trenza de Nadia una guirnalda de flores. Pequeñas y más audaces que el otoño. De pronto

se ajaban. Duraban un día de menos horas. La abuela las tomaba de las macetas bosteadas, tapadas con yerba requemada y nailon. Las flores que rodeaban la cabeza de Nadia le suscitaban placer. Sentía un fulgor sin origen y a cada rato iba hasta el espejo. “Acá no aparentan nada, sólo son bonitas”, *decía* la abuela, pues simbolizar se *decía* aparentar. Su trenza era blanca y más larga que la de Nadia. En el final le hacía dos orejas rojas. Más tarde la abuela olvidó muchas cosas, pero nunca cómo pasar un dedo sobre otro. Al pasar los dedos así, ella cuidaba la tierra, era niña de nuevo.

“Abuela es preciosa”, *decía* Nadia. *Decirlo* era algo que crecía en el día, *decirlo* se sentía. “La abuela ha olvidado cómo bañarse”, *decía* su madre. Un año antes de morir la abuela tuvo otro derrame. Dejó de ser mamá, abuela y había vuelto a ser Masha, y era la menor de todas ellas. Dejó de hablar. Perdió la riqueza que es *decir*, pero no el amasar y las cuajadas y conservas. Al hacerlas tarareaba canciones sin final que Nadia y la madre no tenían en la cabeza. “Qué es eso, Masha.” Masha callaba. Los únicos sonidos que emitió venían de ese olvido. Sus amigas no reconocían ninguna tonada.

“Las patrias también son mortales”, *dijo* la madre una tarde.

Las mujeres hacían las conservas, las cerraban y olían con suavidad a alcohol. Después se sentaban y aun calladas hablaban su idioma. Eso cansaba a los oídos, y Masha era igual a las demás. Cada año, el fin del verano las esperaba en el lugar más fresco de la casa. El verano del *setentaicinco* había resistido mucho entre las

juntas de madera, crujía todas las noches. En esos meses el viento apenas hizo ruido. “Los viejos como los perros nos perseguimos la cola del tiempo”, *decían* las mujeres, miraban a Nadia, exudaban el mismo vaho resistente. El invierno las maltrataba. Igual Masha se aseaba las axilas con agua fría y jabón anhidro, unos pelos húmedos se le pegaban en la frente. La trenza caía entre los pechos y los tres colgaban sobre el agua opaca.

De noche los pájaros persistían invisibles. El aire no los sustentaba. Desde la cama Nadia oía los chasquidos incorpóreos que daba la vida, las patas de los pájaros dormidos chirriaban en las chapas. La abuela roncaba. Apartaba a Nadia de las oscuridades planas que la encandilaban en la pieza. Luego la gran oscuridad engullía a Nadia y allí su lugar era angosto. Nadia no se hundía veloz en esa oscuridad, la oscuridad la infiltraba. Era negra. Y no podía moverse. Tampoco sabía que los pájaros pudiesen aletear tan fuerte como para atenuar los ronquidos de la abuela. Daban aletazos en la pared de su madre. Temía que viniesen por ella. Entonces el cuerpo no le llegaba a los pies. Ni a las piernas. Terminaba ahí, en sus ingles punzantes. Nadia ya no podría correr jamás por tantos picotazos. Y el miedo era tanto que enseguida le quitaba la boca, como esta noche Nadia se la borró a Teo para que no respirase.

A la mañana Nadia espiaba el cuello y los brazos de su madre. Pero nunca no la picotearon. En los pisos no vibraba pluma alguna. Por tanto su madre mataba a los pájaros. Y luego limpiaba la casa antes de que ella se levantase. Los ojos azules de Masha eran cómplices.

También la trenza blanca y las cintas rojas. Su hermana menor, recién levantada, se mecía con el vestido arremangado arriba de la bombacha. Nadie le *decía* que lo baje pues el estupor no la dejaba verse. La hermana subía la falda para no ver sus pies desnudos y los ojos azules de la madre todavía no eran duros e iguales a pómulos. “Qué es un hombre comparado con las aves que migran”, *dijo* la madre esa mañana. A la abuela roncar tanto no la cansaba. Despertaba fresca. Pero ya tenía los muslos muy secos.

Por vivir contra el viento antes ya de que Teo las arrancase, las flores se habían agostado. Nadia las envuelve con el papel donde él se las envió. Podría tirar los pétalos en el yogur sin saber por qué. Tampoco sabe por qué no lo hace, tornándose así en aquella Masha que estiraba su saco tejido sobre la mesa, lo retiraba, apretaba los puntos con los dedos y volvía a tensarlo arriba del borde. Encima del tejido ponía un platito, una taza, y vertía té azul. Luego quedaba boquiabierto ante el vapor. Nadie le *decía* nada.

En cama, Teo encoge las piernas dormido y patea. En las líneas de la oreja la luna de la ventana es grafito, le pone un hueco sobre un ojo, rechina en la boca. Los talones muelen. Nadia se levanta a oscuras. “Tenés los talones más duros que la pija”, *dice*. “No siento nada con los talones”, *dice* Teo.

La playa es larga y plana. La piel del aire nivela la ribera. Allí el margen de aguas de río parece muerto. El bote tirado en la hierba, bajo la quilla partida, retoña flores. Teo las arranca, las olvida dos veces. Nadia sabe que

en su escondite Teo también se oculta los pensamientos, y como no sabe hacerlo bien aprende tiro, y arma y desarma granadas. Las noches le recalcan los diagramas tiesos y los instructivos del Estrella Roja. En la comisaría los habían matado a palos para que no fuesen a huelga junto a destilería y tiraron a Teo en un empalme de rieles.

La ira de Nadia choca paredes. Trepa y florece. Y las paredes se la sajan de nuevo en la cara. Las lágrimas que surgen solas y la risa no le pertenece. Nadia no cabe en sus cuatro paredes y no obstante espera a la triple A. Sabe que cuando sus alumnos puedan darse cuenta de que sus padres son incapaces de hacer algo más allá de sus vidas, ella estará muerta. La muerte vale tanto como la vida, pues en todos lados ya hay finales. Uno en el baño. Otro a última hora, por tarde. Hay un final antes de entrar a la escuela. Otros de espaldas, de a pie, de bruces. Y uno encogido en su lado de la cama. Estrecho e impregnado de ella. La casa misma tiene uno en la puerta, a la derecha del picaporte, fuera del contramarco.

Las casas ya no son hogares. Reproducen guaridas. Allí los civiles no tapan su cobardía pues guardan *Pandoras* y *esperanzas*. Saben que para participar en el país militar que se avecina no hace falta salir. Y en las casas todos los días se barre, siempre se barre, pero la gente ahora empuña taciturna las escobas. La mugre se ha vuelto funesta. Creen que barren peligros y futuros en la roña de ayer. Para los argentinos la realidad sólo crea una nueva ficción.

Donde Teo está oculto el aire es buey. Un buey tragado. Un buey exhalado. Acucillada Nadia *dice* buey. Y sabe a bilis.

Mientras su madre vestía y sacudía a la hermana decía, “la belleza no dura para siempre.” La abuela aún vivía lúcida y le decía a Nadia que su madre no hablaba de la belleza, sino de la juventud. Más adelante, la madre repitió la frase pero era tarde, la abuela tenía tarareos y la cabeza hueca.

Sin energía eléctrica la heladera se descongela y la carne se embebe. Las gotas de hielo licuado cosen el medio silencio, pues las paredes oyen. Nadia oprime sus manos. Algunos del barrio ya entran en la muerte sin tumbas. Allí envejecen y pasan gran parte de su tiempo obnubilados por la mayor de las soledades. Cuando Teo sea encontrado no tendrá más que la vida puesta. Si lo sabe Nadia, ya lo sabe el buey.

Y todavía en cuclillas Nadia quiere ser mi madre.

Teo sólo conoció los días de la semana y segar flores empañadas de nostalgia.

“Hay una belleza que no sobrevive a todo”, dijo la abuela, “no resiste a la humillación ni a la colaboración y, porque no puede ser dócil, muere.”

EL ENCUENTRO

Por Carlos Alberto Acosta

Fue su perfume. Sí, fue el perfume lo que me hizo buscar a mi alrededor. Fuerte y dulzón como una caña que pretende ser whisky. Aún hoy, lo asocio al agrio de los vómitos y al sudor frío de la barraca. Por eso, no lo podría olvidar.

Me paré en puntas de pie, entre los que me apretujaban y lo ví. Era él. Agarrado al pasamanos, inconfundible a pesar del tiempo. Con más de treinta años, sumados a los que tenía entonces, y otros tantos kilos agregados a su abdomen. A su cara regordeta y de ojos claros, había agregado una barba rala y corta, muy blanca.

- ¡Cabo Barks! – le grité sin meditar, y mi voz sonó como una orden. Así lo pensé después, y seguramente también él, porque trató de escabullirse.

Había cambiado su uniforme de fajina por un gastado traje azul con portafolios.

- ¡Barks! – insistí y abriendosé paso hacia la puerta del subte me miró por sobre su hombro con el rabillo.

- ¡Hijo de puta! – mascullé, mientras trataba de alcanzarlo con un manotazo.

- Su nuca rolliza (que rasurado y con uniforme parecía mas vasta) ahora mostraba unos pelos largos y escasos sobre el cuello de la camisa.

Avanzó a los empujones, para tomar distancia.

En segundos me acordé de caras y nombres. De las horas interminables en el galpón y los olores. De los que hablaban y los que no decían nada por temor a la delación de los mismos compañeros de encierro.

Cómo, una cara, un olor o un encuentro ponen en escena libretos olvidados, con una claridad que no tenían entonces.

A todo eso lo viví en un instante. Tal cual un viejo actor, que ve su propia película desde la platea.

Se abrieron las puertas del vagón y saltó al andén. Tratabilló entre la gente y se desparramaron sus papeles. Desde el piso de la estación me miraba, como quién mira a su ejecutor pidiéndole clemencia.

Habían transcurrido treinta y tres años de aquel fuego y aún las cenizas estaban calientes. Transcurrió una vida. Algunos renacimos después, otros, no. Mucho tiempo.

El gordo temblaba en el suelo y le sangraba la nariz. Se había orinado.

Como a un Dios resucitado, el destino me ofrecía ese desquite.

Córdoba, setiembre de 1976. Barrio Clínicas

Casi tan ligada a la vida estudiantil como la Carlina o el pasaje aguaducho, la casa de la calle Chaco, albergaba por igual a poetas, dormilones, revolucionarios, futboleros y cagados de hambre sin preguntar condición ni pedir pasaporte. Ni siquiera hacía falta ser estudiante. Hasta

prostitutas sin trabajo solían recalar, en espera por un mate lavado o una muestra gratis.

En el fondo, después del segundo patio, había un cuartucho mal disimulado donde, con un romántico toque de clandestinidad, funcionaba a destajo lo que con orgullo y en voz baja llamábamos la imprenta. Apuntes, panfletos, convocatorias a manifestaciones, sonetos, todo se hacía en el mimeógrafo. Jugábamos a periodistas que entrevistaban a personajes de la noche, perseguidos políticos y locos lindos.

Una noche de razzia, en medio de una guitarreada, hombres de civil con armas largas, bajaron de dos Falcon y nos llevaron. Hasta la gorda Tita cayó en la volteada, una madama en desuso de la seccional sexta.

Cinco de los que estábamos, fuimos a parar a hidráulica. A los otros, algunos no recuerdo, no los ví más y tampoco supe de ellos.

Entre los carceleros había uno bastante joven y con cara de nene que se acercaba a charlar con nosotros. Los detenidos de antes no lo conocían y pensaban que era nuevo.

Lo llamaban cabo Barks.

Con los días fuimos resignando las esperanzas de salir pronto, como creímos al principio, y comenzamos a temer. Después de los interrogatorios muchos no volvían y otros, esperábamos ese momento que no llegaba. Algunos caían en un estado miserable, picaneados, sudorosos y sin poder hablar. Otros, drogados y los más, vomitando y empapados. Todos aterrados y prefiriendo la muerte a otra “sesión” como llamaban ellos a los inte-

rrogatorios. Volvían callados sin poder o sin querer hablar.

Una noche me buscaron y creí llegado el momento.

Después de un pasillo largo, sobre una cama de resortes, sin colchón, yacía una jovencita, aún grillada a los barrotes. Inmóvil.

Los ojos secos y su piel muy niña de color lavanda.

- Dale “tordo”, hacé algo – dijo Barks.

El que lo acompañaba, uno de bigotes y olor a vino, me acercó un botiquín de madera.

- Está muerta - le dije – no tiene pulso, no respira.

- Se le fue la mano al Gordo – me dijo al oído el del olor a vino.

Comprendí entonces que no fui torturado porque les podía ser útil.

Ese cuadro, que podría llamarse de mil formas diferentes, me recurre desde hace treinta y tres años como el de la niña muerta y mi primer frustración como aprendiz de médico.

Todo eso y cosas que no recordaba desfilaron como una trágica comparsa, entre el subte y el andén.

El infeliz seguía en el suelo, como esperando el tiro que lo redima. Las lágrimas se mezclaban con la sangre de la nariz y su barba parecía un trapo sucio.

Me agaché y lo miré a los ojos, le dí mi pañuelo, junté sus papeles y se los dejé apilados.

- Son cosas - me dije cuando trepaba por la escalera mecánica.

En Medrano compré flores, unos lirios celestes y me acordé de la chica.

- ¿Cuál es su nombre? - me animé a preguntarle a la florista.

- Laura - me contestó extrañada y abrió más sus ojos claros.

Le pedí disculpas y me fui para el hotel. No me animé a preguntarle por su edad.

- Laura... – repetí cerca de Pueyrredón.

Hoy tendría unos cincuenta y cinco años, como esa mujer. Y tal vez se llamara Laura, por qué no, pensé.

- Pobre Gordo – me dije – cargar con esa muerte.

Por Corrientes caminaba mucha gente. Cada uno en lo suyo, indiferentes al resto, como ese tiempo de la chica en la barraca.

Recordé que fue un viernes por la noche y en Córdoba actuaba Sui Generis.

EL OTRO LADO DEL ESPEJO

Por Mirtha Beatriz Mineo

Otra vez se despertaba sobresaltada. Otra vez esa sensación de peligro. Otra vez parecía que unas descargas de ametralladora habían sido las responsables. Era imposible. Las noticias de operativos y enfrentamientos no mencionaban su barrio. Estaría nerviosa por los ataques al país que venían de los organismos internacionales que harían mejor en controlar lo que sucedía de verdad en otras latitudes. El mundial de fútbol potenció esa virulenta campaña anti argentina en el extranjero. Gracias a Dios “Los argentinos somos derechos y humanos”, como decía la calcomanía que aceptó pegar en su auto, para mostrarle al mundo que la mayoría vivía feliz y tranquila. Lo peor era la obsesión de su madre, cada día más paranoica con esas cuestiones.

—¿Qué buscás con tanto ahínco en el diario?

—Dicen que los subversivos se comunican a través de los avisos clasificados, estoy buscando pistas para denunciar enseguida al responsable.

—¿De dónde sacás esas ideas, Mamá? ¡Es demasiado!

—Lo dice el gobierno, está en todos los diarios. Nos van a mentir. ¡Mirá esta página! ¡Llena de anuncios de terroristas!

—“Gracias Espíritu Santo” ¿Éste es el mensaje subversivo? ¿Hablás en serio?

—¡No te burles! ¡Fijate la cantidad que hay! ¿Decime Marcela, desde cuándo la gente es tan mística? Algo debe haber. Todos los días publican que han descubierto células terroristas gracias a haber descifrado los códigos de los clasificados. El gobierno hace un enorme esfuerzo pero cambian las claves muy seguido. Quiero ayudar. Soy buena ciudadana. Si todos colaboraran esta guerra ya habría terminado.

Inútil discutir con ella. Siempre había admirado a los militares. Antes del golpe, pedía a gritos que intervinieran para salvarnos de la presidencia fante de Isabelita. Era inadmisibles que se demoraran. Su padre casi nunca opinaba, prefería no discutir. Como él era de familia peronista, ella lo hacía responsable de todas las políticas que habían perjudicado al país. Incluso estaba convencida de que el desabastecimiento de papas y azúcar era para el común de la gente. “Esos peronchos” seguro tenían miles de bolsas en sus casas y no los compartían con nadie. No le había importado que faltara poco para que las elecciones modificaran el rumbo. En cambio Marcela estaba indignada ¡Un golpe de estado a tan poco de votar por primera vez! ¡Increíble! Claro que reconocía que ahora se vivía mejor, sin inseguridad, podía andar a cualquier hora por dónde fuera que se sabía protegida por las autoridades.

Desde luego al principio fue duro. Los terroristas ponían bombas en todas partes y mataban a cualquiera. Ni siquiera les importaban sus propios hijos. Como a los vecinos de Alicia, la amiga de su madre, que fueron descubiertos y al ir a detenerlos respondieron con armas de guerra escudándose detrás de sus niños. Resultado: todos muertos, incluso las criaturas de tres y seis años. Lo más peligroso era que se disimulaban fácilmente entre la gente común, viviendo en los barrios. Hasta que los pescaban. Había que tener mucho cuidado y no confiar en nadie. Los simpáticos nuevos vecinos podían esconder un arsenal en el sótano de su casa y hacer volar la manzana entera en el momento menos pensado. Y los antiguos tampoco eran confiables ¿Cómo saber si esos apátridas no los habían captado?

—¿A qué hora volviste anoche?

—A eso de la una ¿Por?

—¡Cómo por! ¡Quiero saber dónde está mi hija y lo que hace todo el día fuera de casa! ¡No sé quiénes son tus amigos! ¿En qué andás?

—¿Te volviste loca? Salgo a trabajar a las ocho de la mañana. De 19h a 23h voy a la facultad ¿Querés que deje de estudiar? No tengo tiempo de venir a casa entre la oficina y mis clases.

—¿Y qué hiciste hasta la una?

—¡Tengo más de una hora de viaje y el colectivo no está esperando por mí en la parada! ¿Qué te agarró? Estudio, trabajo ¿Qué más querés?

—¡No me vengas con eso! ¡Qué sé yo con quién te juntás y qué ideas te meten en la cabeza! ¡SOS UNA SUBVERSIVA!

¡Era el colmo! Ese maldito anuncio que daban a cada rato en la tele: “¿Sabe usted dónde está su hijo en este momento?”, con esa musiquita tétrica y fotos de casas destruidas por bombas, había terminado con la poca cordura de su madre. ¿Cómo podía pensar que ella iba a meterse en eso? Nunca se le ocurriría tomar un arma. Mucho menos ponerse en contra de quienes la defendían de los que querían una revolución para instaurar el comunismo, tan lejos del ser nacional. No, imposible. Por más que le gustaría vivir en democracia, el saberse protegida por los militares le hacía tener paciencia. Ya iban a llegar los tiempos de elegir nuevas autoridades preparadas en serio para gobernar.

Ahora tenía que concentrarse en que irían a conocer a la familia de su nuevo novio Carlos, hijo de un almirante, que vivía en San Isidro.

—¡Al fin estás con alguien decente! Pero quiero conocer a los padres, no sea que se trate de uno de esos “zurditos” que se hacen pasar por lo que no son.

Marcela esperaba que todo saliera bien, que su madre no se excediera diciendo alguna de sus tonterías habituales. En fin, Carlos era un encanto, educado, fino, marino también. Y no podía negar que le intrigaba conocer esa casa de la que tanto le había hablado.

—¡Bienvenidos! Soy Perla, la madre de Carlos. Mi marido Esteban. Querido, Pilar y Eduardo, los padres de Marcela.

Dentro de ese palacio, Pilar no podía disimular su felicidad. Ésta sí era gente “de bien”, confiable. Marcela tenía asegurado su futuro.

Almorzaron en el comedor principal. La decoración era de gusto exquisito y aunque todo se desarrollaba con normalidad, Marcela sentía un desasosiego creciente. Era ridículo. Los padres de Carlos eran de una gentileza extrema ¿Sería precisamente eso lo que le hacía pensar que ocultaban algo? Perla en especial, parecía estar representando un papel. Tan gentil, tan dueña de sí, tan pendiente de ellos.

—¿La pinza para el hielo? En la puerta de abajo del cristalero.

—Acá hay libros.

—En el cajón de al lado entonces. Disculpen, hace tan poco que nos mudamos que todavía me confundo. Tuvimos mucha suerte. Compramos la casa totalmente equipada a una familia que se iba a Europa, a radicarse a Suiza ¡ni cucharitas tuve que traer!

Marcela no toleraba la charla de Perla, tan insoportable como la de su madre.

—Por ese pasillo a la izquierda, la primera puerta es el toilette.

—¡Esto es un armario!

—¡Perdón! A la derecha.

Agradeció aislarse en el fresco refugio del toilette. Las sienes le latían con fuerza. Presentía un peligro indefinido. Su imaginación la perturbaba. El agua fría le aportaba una cuota de serenidad. Mejor refrescarse un poco la cara. Al abrir los ojos contuvo un grito visceral que le brotaba desde lo más hondo de su garganta. Se veía en el espejo, detrás de ella, una joven le indicaba que se callara. Al mirar sobre su hombro, ni rastros de otra persona.

Estaba sólo en el espejo. Paralizada de terror tiende una mano hacia la brillante superficie. Como en un sueño, su mano la atraviesa y roza la cara de la joven que le sonrío con dulzura. Sin dudar, intrigada por ese extraño fenómeno, decide pasar al otro lado.

—¡Me alegra que lo hayas hecho! ¡Tengo poco tiempo para contarte!

—¿Cómo puedo estar acá? ¿Quién sos?

—Anita, la hija de los antiguos dueños.

—¿Los que se fueron a Suiza?

—Eso fue para los diarios.

—¡Me volví loca!

—Estás tan cuerda como tu padre. Como lo estábamos nosotros, allá, del otro lado. Carlos y su familia, no sabés lo perversos que son. Fue mi novio ¿no te contó? Mi papá era un empresario exitoso, multimillonario. Íbamos a casarnos. Las diferencias económicas no eran un obstáculo. Mis padres lo querían mucho.

—¿Y qué pasó?

—Los obreros de una fábrica exigían un aumento. Las importaciones habían reducido las ventas, ya no éramos competitivos. Como mi padre se resistía a despedir gente, Esteban se ofreció a resolver el problema. Dos días más tarde, el delegado y toda su familia habían muerto al resistirse a un arresto, fue horrible.

—¿Eran subversivos?

—¡Eso era lo que Esteban llamaba una solución! De allí en más, los otros obreros se calmaron. Mi padre no lo soportó y lo confrontó. Para mi sorpresa, Carlos y Perla lo defendieron. Yo no podía creerlo. La discusión subió

de tono. Entraron los custodios de Esteban. Se llevaron a mis padres. Carlos quiso retenerme. Me escapé. Corrí a mi dormitorio. Me siguió y trató de derribar la puerta. Cuando lo logró, ví un arma en su mano. Le grité que era un monstruo y simplemente me disparó. Llamó a los guardias y allí sucedió el milagro. El espejo del cuarto se volvió líquido por un momento y lo atravesé. Desde entonces vivo de este lado sin contactar a nadie del otro. Pero al verte decidí que era necesario que supieras. Ténés que dejarlo. Sos demasiado sensible para pertenecer a esa familia. No fuimos sólo nosotros. Los desaparecidos y asesinados son miles ¿No te resulta extraño que los diarios hablen sólo de subversivos muertos y ni un herido del otro sector?

—¡No es posible! ¡Son militares! ¡Tienen honor!

—Algunos sí, es cierto. Pero los que se embriagaron de poder, no. Son despiadados. Alejate antes de que sea tarde.

—¿Y los crímenes van a quedar impunes?

—La oscuridad es grande. Ya volverá a brillar la luz.

—¿Y si diera a conocer tu historia? ¿Si contacto a algún periodista?

—¡No seas ingenua! ¿Te olvidás de los titulares contra “las campañas anti argentinas”? Los medios saben lo que ocurre y lo tapan. Ahora volvé y tratá de zafar de tu compromiso. Lo mejor es que te vayas de viaje con tus padres y no regresen.

Marcela despierta tendida sobre los fríos mosaicos. La cabeza le explota. Tiene el cuerpo entumecido. Seguro que se desmayó por el calor. Carlos está allí.

—Vamos, despertate ¡Esto te pasa por ponerte en mi contra! ¡Tan ingenua y tonta como tu padre! ¿Quiénes son los otros? ¿Cómo supiste lo de Anita? ¿Dónde la viste? No sé cómo logró escapar pero ya la encontraremos. Pilar será mañana tapa de los diarios. Recibirá una medalla por servicios brindados a la patria ¡Suerte que tu madre sí es una buena ciudadana!

EL PALOMAR

Por Roberto Alfiz

Escuché lejano y sordo la apertura de la puerta de calle.

Escuché lejano y sordo el pisar sobre el pasto seco y luego el caminar sobre el pedregullo que cubre la entrada del auto...

-O dejó el auto a la entrada de la casa o directamente llegó caminando, obvio subte y tren es más fácil y rápido que venir en auto desde el centro con todo el tránsito y las calles cortadas por los re asfaltos en planes sin control que entrecruzan y dificultan los trayectos-le comenté a mis congéneres...

Finalmente la llave y la puerta que se abre muy despacio, con el cuidado con que se manipula un gran bulto o una pieza frágil de cristal, de orfebrería, de arena mojada, de un árido recién horneado.

Hay una silla frente a nosotros, esto es todo lo que queda del mobiliario, nuestros dos palomares y esa silla vetusta fea desgastada desagradable reciclada de un rincón y que sirvió como base para sacar las arañas y convertir el artefacto de iluminación bonito agradable y diseñado a un humilde y desvencijado par de cables que sostiene

una bombita de luz de las de 25 bujías para que sea más barata.

Poco a poco, en unas semanas y no en un día la casa se fue despoblando de las historias con que a lo largo de más de 40 años la fueron habitando, la fueron vistiendo, le dieron ese “olor” a hogar, y ahora esta vida se acaba...

Acá hubo nacimientos cumpleaños casamientos pantalón largo defunciones inauguraciones corpiños festejos varios toallas higiénicas encuentros desencuentros chismes novedades navidades bautismos ocultamientos primeros coitos y primeros cigarrillos y también primeras masturbaciones. Tantos acontecimientos se fueron yendo con la memoria de los que ya no habitan y los restos de muebles trasladados en camionetas tan desvencijadas como la silla que sirvió de base para apagar la luz y encender otra.

Quedamos nosotros. Vos y nosotros. Lo hiciste a propósito. Querías que quedemos para el final. Este preciso final, este momento único y solo: vos y nosotros.

Nos mirás con detenimiento. Cada estante de este palomar tiene un sentido y ese sentido se lo diste vos. La parte derecha superior está dedicada a la ciencia ficción, tus amigos de la juventud Asimov Bradbury Blish Santos y otros hermanos te miran desde sus lomos donde figuran los nombres con que han sido bautizados. Y sonreís contemplando el orden lógico. Asimov y todos sus hijos desde donde te observan los robots las fundaciones, en una punta están los trífidos que te marcaron el miedo y también la ilustración del hombre que pergeñó Bradbury o las crónicas desde Marte que si no fueran fantasiosas serían lo que son: reales de pura realidad.

Más abajo crimen y misterio desde donde Hammet Chandler o Mc Donnall discuten si es mejor la novela negra o el misterio del cuarto amarillo y Conan Doyle dando vida a Holmes, mientras Mankel y Agatha discuten si Borgart es el actor perfecto para hacer de cínico en el Halcón Maltés.

-Acá estoy yo, León Tolstoy, el dueño amo y señor de la novela Rusa...

-No señor, el cetro es mío aunque no sea ruso, nadie como yo ha sabido entretener a los púberes, yo soy Tarzán y mi padre es Bourroghs que no es una máquina de escribir y sí es una máquina de escribir...

-No señor –dice don León- yo fui parte de los primeros regalos de libros que recibiste ¿no es verdad Agustín?

—

Agustín te despertás, aunque no estás dormido, y sentís que tus palomas, los libros que acumulaste y leíste uno por uno te hablan, te recuerdan sus argumentos, como los acariciaste marcaste ordenaste y construiste para ellos, tus hermanos, más de dos mil, estas dos bibliotecas, dos palomares como te gusta llamar.

Hacia la izquierda lo que se llama literatura de entretenimiento. Te encontrás con Potter,

-¿hola Agustín? ¡Mírame!!! ¡Soy Harry!!! Hola, te entretuve aunque habías superado los 50 de edad eh...y creías que la novela juvenil estaba terminada eh...ojo adonde me vas a llevar y mucho cuidado donde me ponés eh, mirá que soy valioso y famoso, valioso porque te entretuve y famoso porque me prestaste y luchaste para recuperarme.

-Che Agustín no te olvides de mí, soy Jonathan Black y soy Ludlum soy Sheldon soy soy-. Muchos “soy”,

Cada uno quiere ser tenido en cuenta, ¿no es así Agustín?

Y Agustín nos mira desde esa silla para el cadalso.

Y ya ves Agustín tus hermanos ensordecedores quieren que sepas que están y que aunque los hayas acariciado en una sola lectura el hecho que les quitaras el polvo, que los cuidaras y elogiaras, que los registres es suficiente para que ellos acrecienten el amor por ti.

Y todo el resto de este palomar con literatura llamada seria, Bovary Gordon Capote Conrad Eco y tantos otros... Los 9 tomos de la historia de Grecia, la vida de Bonaparte, Pasteur, Kennedy y Chaplin y en un lugar preferencial Thomas Mann.

-Hola Agustín, soy Mann, sé que me entendés aunque no hables mi idioma, sé que me admirás, pues bien, yo también a ti, tu amor por los libros y por sus autores se transmite, es recíproco. A mí también me interesa que en el otro lugar donde seguramente nos vas a llevar tengamos un espacio sano luminoso y limpio como acá en esta casa casi histórica, histórica para los habitantes de estos palomares.

-Además Agustín queremos agradecerte el adorno, en cada estante de cada división hay un recuerdo de viaje: un bailarín brasileño, una figura de un ortodoxo judío, un soldado escocés, un guerrero de terracota chino una muñeca de Japón una bailarina de flamenco un indio de Ecuador un vikingo y más.

En el otro palomar tenés ordenado toda literatura de

habla castellana...están los ensayos sobre la realidad de la Patria...Te mira Verbitsky desde el lomo, varios de Majul, Cerrutti, Menem y Perón. La Fede de Gilbert, Zloto...

También están Almudena y Zafón en lugar destacado.

Agustín “escucha” a sus hermanos los libros, no se sorprende por el monólogo que establecen, por los reclamos que inauguran, inauguran dado que la situación de presunto traslado es original, han vivido toda su vida en estos palomares. Mira los libros con nostalgia con amor, estos libros le han enseñado a hablar a puntualizar, le han paseado por la fantasía y por la realidad, le han dado criterios y mejorado el ocio. Ama sus libros y su amor se potencia al escuchar que sus libros le corresponden de la misma forma....mira y remira este palomar del habla castellana.

-¡Hola Agustín!! Soy Mempo, ¡nunca venís por el Chaco!!

-Hola amigo soy Shua te gustaron mis cuentos eh?

Y aquí esta Piñeyro... Agustín pusiste en un lugar preferencial a dos de tus mejores amigos, Mujica Lainez porque siempre te apasionó el detalle con que pinta una escalera o un cuadro, y te sentís subiendo la escalera y hasta pintando, también García Márquez, lo querés por lo que piensa y te admirás ante las fantasías tan creíbles que supo perfeccionar con habilidad mágica.

Tomando un café están Bonasso Serrano Martinez Saramago que te invitan a compartir un momento de paz y charlar obviamente sobre libros...

Ya es la hora, es la hora de embalar los recuerdos, es hora de esconder los pensamientos, es hora de ocul-

tarse, nadie podrá secuestrar esta parte emocionante y conmoviente de tu vida, sabemos que es difícil pero más difícil será si se consume lo que presumís...

Te parás y estirás los músculos, hacés un bollo de papel, dos bollos, tres bollos, das vuelta la vieja silla y la colocás al lado del palomar, encendés un fósforo y prendés un bollo que se transmite a otro, tomás el diario que traías cuando entraste a la casa, lo último que mirás es la fecha:

25 de marzo de 1976...

HORMIGAS

Por María Victoria Mora

San Vicente, 1976

Las hormigas lo perseguían hasta en los sueños. Rodolfo ya no sabía qué hacer con ellas, avanzaban silenciosas, multitudinarias. Una noche llegó a soñar que, yendo al almacén, se encontraba con una gigantesca. La hormiga le arrebató el carrito de los mandados y le daba dos cachetazos. Se despertó transpirado, y cuando se pasó las manos por la cara, ya sentado en la cama, sintió que tenía lágrimas en los ojos. Se levantó al baño dando tumbos, se lavó la cara y volvió al dormitorio. Intentó recuperar el sueño. Ya no pudo. A la mañana siguiente entre mate y mate se lo contó riéndose a Lilia, ella lo escuchó atenta.

¿Qué te parece que hagamos? le preguntó.

Seguí buscando el libro de Maeterlink, de ahí vamos a sacar la información que necesitamos dijo él.

Estuve preguntando, hasta ahora nadie lo tiene. Mañana cuando vuelva a Buenos Aires averiguo en otras librerías.

A Rodolfo lo obsesionaba ese libro donde se hablaba de la vida de las hormigas. Desde que por primera vez había visto una fila avanzando en un surco perfecto en el medio del terreno donde estaba la casita, insistía en conseguir ese libro. Necesitaba conocer muy bien al enemigo para saber qué hacer con él

La tarde que las había visto fue apenas unos días después de llegar a San Vicente. Se había acordado de su padre y el campo. Él habría tenido unos siete años y estaban en el jardín de la casa donde vivían, en Choele Choele. Mirá Rodolfo este es uno de nuestros peores enemigos, peor que los del banco, había dicho su papá y se había echado a reír con una mueca. ¿Sabés lo que le hacen a los ranchos? Mientras vos te creés que son hormiguitas inofensivas, ellas se vuelven miles, cuando te querés dar cuenta se metieron en tu casa y ya no las podés sacar más. Más de un gaucho ha tenido que dejar su casa transformada en tapera escapando de las hormigas, eso lo leí en un libro. No hay que dejarlas, apenas las ves, hay que matarlas.

Tantos años y no se olvidaba. La imagen de lo que podrían hacer las hormigas en el terrenito de la casa que había podido conseguir con Lilia, no era algo de lo que pudiera reírse aunque delante de ella lo intentara.

Había elegido San Vicente por su laguna. Recordaba esos momentos en que se sentaban con Lilia frente a un mapa abierto de la provincia de Buenos Aires buscando el camino, de lo que él había llamado, la expedición al sur.

Nos sacaron el río pero nos quedan las lagunas, mirá le decía a Lilia señalando el mapa Buenos Aires está llena de lagunas.

Así habían llegado una tarde de diciembre. Bajaron del tren y fueron directo a la inmobiliaria del pueblo. Rodolfo llevaba los clasificados con esa casa marcada. Apenas estuvieron frente al lugar supo que no se habían equivocado. Unos días después de la llegada, a pesar de la falta de luz eléctrica, y de tener pisos de ladrillos y paredes de adobe, la máquina de escribir tenía su lugar sobre la mesa y sus papeles se apilaban a los pies de la cama. Los libros que lo acompañaban descansaban por los rincones, esperando el turno de ser leídos. Cuando había que comer o dormir las cosas encontraban otro lugar. Estaban cómodos.

Ahora, un mes después de ese primer día, el sol empezaba a caer en un atardecer cálido. Tenía que levantarse de la máquina de escribir para preparar los faroles. Una vez que encendió los cuatro que usaban dentro de la casa, buscó un cigarrillo y salió a la vereda a ver si ya volvía Lilia en el tren de las siete y veinte. Mientras fumaba pensó que ojalá ella hubiese encontrado el libro. En ese momento pasó un vecino.

¿Cómo le va, Beto?

Bien y usted ¿Cómo anda? Contestó él. En este tiempo que se llamaba clandestino él era Beto.

Tirando para no aflojar.

El hombre siguió por la vereda y Rodolfo exhaló una nueva bocanada de humo. Volvió a mirar la calle por la que ahora venía caminando Lilia a unas dos cuadras. Después de la última pitada tiró la colilla del cigarrillo y caminó hacia ella. Cuando llegó a su encuentro la saludó con un beso y le preguntó cómo le había ido.

Si te referís al libro de Maeterlink, no lo conseguí.
Lo demás.

Todo bien, sin novedades dijo ella y siguieron caminando hasta la casa.

Llegaron y pusieron las bolsas con la comida sobre la cama porque la mesa todavía tenía los papeles y la máquina de escribir. Él le pidió ir al fondo a ver qué hacían con las mierdas esas. Cada uno con un farol en la mano salieron al jardín.

Vieron el ir y venir de las hormigas. Siguieron la fila para encontrar dónde estaba el hormiguero. Él llevaba un palo para destruirlo en caso de encontrarlo. Había probado envenenarlas con distintos productos y nada, imperturbables volvían y cada vez que lo hacían parecían ser más. El final del camino de las hormigas coincidió con un costado de la casa para el que Rodolfo tenía planes: el hormiguero estaba justo donde él pensaba simular un galponcito con cuatro chapas, con una boca en el piso que se abriría como túnel en caso de emergencia. Si los milicos llegaban a reventar la casa, Lilia y él tendrían una vía de escape.

Se quedó así, con la mirada fija en el volcán de hormigas que Lilia iluminaba. Fue un quedarse mudo, sin saber qué carajo decir ni qué hacer con ese palo frente a unos seres que se multiplicaban sin control y lo acechaban hasta en los sueños.

A pesar de las pesadillas a la mañana siguiente se despertó apenas sintió el sol que se metía por la ventana, aún no había cortinas, lo había visto como una ventaja, no necesitaban despertador. Era sábado y Lilia podía se-

guir durmiendo. Se levantó y puso la pava a fuego. Tenía que seguir escribiendo la carta, faltaban tres meses para el primer aniversario del golpe, tenía doce semanas para escribir y corregir todo lo que hacía tanto le daba vueltas adentro, una realidad apenas creíble. No esperó a que el agua estuviera a punto, se sentó frente a la máquina de escribir que del suelo subió a la mesa.

El repiqueteo incesante no logró despertar a su mujer. Buscó una carpeta que había dejado en la silla, recorrió anotaciones, las leyó, volvió a sentarse. El silbido de la pava indicando que el agua ya no servía para tomar mate no logró frenarlo.

Esa carta iba a marcar su vida, lo sospechaba. No sería sin consecuencias. Tendrían que volver a mudarse, seguir hacia el sur. Pensaba en eso mientras escribía, un impulso más fuerte que todo el dolor que había sentido lo empujaba a seguir. Pensó en su hija, en Viqui, resistiendo con su risa y su camión sobre la terraza metralleta en mano. Borró el recuerdo que había construido gracias a los dichos de otro. Si no lograba mantener la angustia a raya no iba a poder seguir. Se secó unas lágrimas que habían alcanzado a rodar y se levantó, por fin, a apagar el fuego.

LA ERA ESTÁ PARIENDO UN CORAZÓN

Por María Galina

Kika es irreverente e irreversible. De pies a cabeza. No hay forma de cambiarla.

La era la parió así. Dos de sus tres hijos desaparecieron. ¿Cómo se sigue? ¿Cómo respiras cuando perdes un hijo? Hace treinta y ocho años que Kika respira distinto. Porque cuando te desaparece un hijo, una parte tuya se va con él.

No terminó el secundario, porque formo parte de una generación que creció con el patriarcado a flor de piel. Nació en un mundo en donde las mujeres se quedaban en sus casas y los hombres hacían el resto.

Se enamoró a los 14 y se casó a los 18. Su hijo Jorge nació cuando tenía 22. Después llegó Raúl y mucho después Alejandra. En su casa de Tolosa, todo estaba impecable. Kika era muy obsesiva con los temas domésticos porque eran su mundo. Y su mundo no podía estar sucio. A Kika le gustaba Alfonsín, situación que generaba muchos conflictos con su hermano que se autodenominaba más peronista que Perón.

Pero ella estaba para otras cosas, la política no le interesaba tanto como hacer manualidades o ir al Teatro Argentino con su marido Toto.

Por suerte, mientras su hija más chica iba al colegio, los más grandes le enseñaron todo lo que el patriarcado le había robado al negarle terminar su educación. Incluso le enseñaron más. La construyeron.

La casa se le llenó de universitarios. Se hacían llamar “Grupo Interfauna” y además de defender a los animales querían encontrar indicios de la unión de los continentes. Eran jóvenes soñadores con los pies sobre la tierra porque la época no daba para volar. Con ellos Kika aprendió que se podía proyectar un país inclusivo, un futuro con polos tecnológicos, independencia económica y justicia social.

El 8 de febrero de 1977 la dictadura le robó a Jorge, el mismo día que murió su hermano que hacía años peleaba contra el cancer. El 6 de diciembre del mismo año a Raúl, y el 25 de mayo de 1978 a su nuera, María Elena.

Y con esa cronología de fechas trágicas, se quedaron en blanco los manuales. Con la tragedia se mueren las palabras.

El miedo paraliza. Cuando irrumpe en el cuerpo sentís que te vas a morir. Eso le pasó. Por un tiempo Kika sintió que se moría con ellos. Cuando ese tiempo terminó, entendió que paralizada no conseguiría nada. Y hubo algo, dentro del mismo miedo, que la hizo resurgir. Empezó a caminar todos los jueves con un grupo de madres alrededor de Plaza de Mayo porque el aparato represivo que asesinó a sus hijos no las dejaba pararse. Empezaron a caminar y no pararon más.

Al principio eran pocas, después se fueron sumando, madres, abuelas, amigos y conocidos de todos esos que ya

no estaban. Dando vueltas en círculo pero llegando a todo el mundo. En el año '82 se murió su marido, Toto. Todavía lo extraña. Conserva intacto su lado de la cama pero nunca lo pudo ocupar, como si lo esperara.

Hoy Kika tiene 87 años, muchas canas, un andador de todas las veces que intentaron hacerla caer, pero no pudieron, y más de mil ochocientas rondas de los jueves. ¿Cómo se sigue, cómo se respira? No se sigue. No se respira. Se nace de nuevo. Sus hijos no la estaban construyendo solamente, la estaban pariendo. La desaparición de un hijo era una implosión de tiempo que nadie se esperaba, pero pasó. Y Kika podría haberse quedado haciendo manualidades y esperando a que volvieran.

Pero no lo hizo.

A la plaza va siempre, y con los jóvenes se emociona mucho, porque dice que somos la generación que lleva la bandera que sus hijos levantaron. Dice que hay que seguir por el camino de la revolución porque todavía faltan conquististas, pero principalmente pide que se haga con alegría.

Cuando habla de sus hijos se emociona. Cuando habla de sus hijos en la plaza los siente cerca, porque están ahí.

Entonces, a ellos, a Raúl y a Jorge hay que agradecerles haber parido a semejante madre. Quienes la conocemos y queremos mucho, le decimos Kika, pero la gran mayoría la conoce como Hebe.

LA OTRA PLAZA SAN MARTÍN

Por Horacio Roberto Fernández

*“...Uno se enteraba de desmedidos horrores,
desaparecían los amigos, o los conocidos o gente
que uno no conocía pero de cuya desdicha se enteraba.
Es decir, uno sabía de la existencia permanente del horror.
Sin embargo, al salir a la calle lo que más horror producía
era el normal deslizamiento de lo cotidiano.”*

José Pablo Feinmann, “La sangre derramada”.

Domingo 29 de mayo. La fecha remite al Cordobazo de ocho años atrás, pero uno mira alrededor y es como si nunca hubiese existido.

El canillita revolea el diario de siempre por encima de las rejas y el estruendo de un *plaff* rompe la quietud de la mañana. Un perro ladra con furia, unos cuantos lo imitan. El partido Argentina-Polonia ocupa media tapa: falta un año para el Mundial y el fútbol llena renglones en todas las agendas. El otro título de portada habla del acto por el día

del Ejército. Le doy una hojeada al *Deportivo*; después empiezo a adentrarme en el diario, a ver cómo es el país que me cuentan.

Videla sermonea en la tele: *Nadie nos hará cambiar el estilo de conducción*. Es una cara escondida detrás de la gorra, del bigotón desproporcionado y los lentes de armazón negro. Argentina y Polonia juegan a las tres en la cancha de Boca. Ganamos (*¿ganamos?*) 3 a 1.

Llega la noche; el domingo se escurrió sin que me diera cuenta. De viernes a lunes podía irse un fin de semana, o una vida.

Lunes 30. Antes de las siete suena el despertador. El desasosiego cala hondo y uno quiere encontrar razones. Es el otoño que sugiere el invierno crudo que nos espera, es el bajón de tener que remontar la semana, es el madrugón con frío para pasar el día entero en el colegio. Es todo eso y algo más.

El *Poli* no era cualquier industrial. Los que estudiábamos ahí sentíamos el orgullo no tan secreto de pertenecer. No había celadores ni amonestaciones. Tampoco había inmunidad: le podía tocar a cualquiera. Ya el viernes, Carlos había faltado a clase. Carlos no vino ese lunes, ni al otro día, ni al siguiente. En el recreo, en los rincones del patio, se hablaba de que habían *agarrado* a otros dos pibes. Vivíamos en mundos paralelos, como en esos desdoblamientos del tiempo en las novelas de Murakami: un mundo de cielos con dos lunas en los que se habla en voz muy baja; inaudible para los mortales —la condición de *mortal*, de seres finitos, estaba palmariaamente presente—. En la tele, en la radio, en los diarios, las noches de puertas tiradas abajo a punta de pistola no eran noticia. Las noticias eran el partido y el discurso de Videla.

Nuestra rutina era un collage de chistes previsibles de re-creo, de frases vomitadas de memoria para zafar en las pruebas, de descubrir cómo era el amor en el país transformado en cárcel. Debajo de los pupitres no había apuntes que nos develaran las palabras justas para lo indefinible. A veces hablábamos de Carlos. No con palabras, hablábamos cruzando miradas. Carlos no estaba entre nosotros; tal vez nunca había estado. El problema de vivir en mundos paralelos es que uno no sabe cuál es el verdadero.

Carlos nunca fue Carlos. Como su apellido era San Martín, lo llamábamos *El General*, una asociación previsible con el general de verdad. Hablaba poco, y cuando lo hacía nos hablaba de un país que no era el mismo que nos contaban los diarios.

Aquel año se fue en medio de las preocupaciones del país virtual: el 6 ya no alcanzaba para aprobar. Hacía falta un 7, una decisión que dejó un tendal de heridos en diciembre y marzo. Los diarios del verano hablaban del sorteo del Mundial, de la Fórmula 1 en Buenos Aires y de la tirantez por el conflicto del Beagle. Algunos títulos parecían bravuconadas de milico:

Enérgico rechazo a la pretensión chilena

El nuevo año prometía adrenalina: nos esperaba Bariloche y la fiesta de egresados y un Mundial en casa y tal vez una guerra con Chile. Recaudamos billetes devaluados, organizamos peñas para amortizar el viaje, compramos a precio módico diversión de utilería en la nieve y en los boliches, con pasos dóciles y alcohol de más. Nos involucramos en la bandera para aniquilar al enemigo con goles o cañones.

Los que nos hicieron creer que la patria era cantar *el que no salta es un holandés* nos alistaron en el batallón de las causas justas.

Corría 1978; seguíamos viviendo en dos mundos. El 18 de mayo le tocó a una profesora que apareció muerta poco después dentro de un auto carbonizado. Las tapas de los diarios no dijeron nada, aunque los titulares grandilocuentes no descuidaban el quehacer educativo:

Definió Videla el modelo de universidad

En el aula quedamos treinta grandulones indefensos disfrazados de monos sabios. Vivíamos en el país que nos contaban la tele, la radio, los diarios, las revistas. Para los editoriales del domingo, el presidente era un general democrático y el jefe del Ejército un hombre que manejaba los silencios. Un mediodía, uno de los pibes vino al colegio con una revista, esa que no podía —no puede— faltar en las salas de espera de los dentistas y en las mesas ratonas de las peluquerías.

Una nota le había provocado curiosidad. Era una carta abierta a Juan José Catalán, el ministro de Educación.

Dr. Catalán: esto tiene que preocuparlo.

El lenguaje y la ideología que estos libros expresan se parecen demasiado a la ideología que imponen los subversivos marxistas en la prédica diaria. Creemos que esto debe ser controlado y corregido.

Se refería a un libro de historia con el que habíamos estudiado unos años antes: *Las edades Moderna y Contemporánea*, de Juan Bustinza y Gabriel Ribas. El libro fue prohibido unas semanas después.

Una mañana de diciembre, las tapas de los diarios nos contaron que el papa había mandado a un cardenal con cara de abuelito bueno para que no nos caguemos a cañonazos con los del otro lado de la cordillera. Ese fin de año nuestros caminos se separaron para siempre. Nos juramos futuros re-encuentros que quedaron en promesas. El trabajo y el estudio llenaron nuestras vidas hasta que Malvinas rompió *la rutina de tedio* (Roberto Bolaño rescata a Baudelaire en el epígrafe de su novela “2666”: *En una rutina de tedio, un oasis de horror*).

Los mismos que nos contaban otro país nos contaron otra guerra: la realidad virtual del *Estamos ganando*. Parecía un juego de mesa entre jugadores insomnes que hundan buques y derriban aviones en una partida de Batalla Naval, con fichas que ganan casilleros según el azar de los dados. Pero con muertos de verdad.

Después vinieron épocas de cambio. Las marchas por los derechos humanos comenzaron a ser tapas de diarios:

Pacífica concentración en el Centro.

Miles de manifestantes recorrieron ayer la zona céntrica de esta capital y reclamaron de viva voz por los desaparecidos y los detenidos políticos.

La foto que ilustraba la nota sugería reconciliación: el comisario Carlos Gallone abrazaba a una Madre. En 2008, Gallone fue condenado a prisión perpetua por la *masacre de Fátima*. La memoria era una pústula del pasado de la que brotaba podredumbre. Le pasaron *Pervinox* y a otra cosa. Debe ser por eso que en las redacciones era común escuchar que *no hay nada más viejo que el diario de ayer*.

El tiempo nos enseñó a descreer del país que algunos contaban en tinta y papel.

Un domingo me levanté temprano. Frené al *canilla* antes de que revoleara el diario por encima de la reja. De paso evité esos ladridos a destiempo que taladran el sueño de los vecinos.

—No quiero más el diario de siempre.

Carlos volvió en homenajes, en placas de bronce, en los paseos públicos. En 2011, el Concejo Deliberante bautizó con su nombre a una plaza de Gutiérrez, cerca del barrio en donde vivió. Unos cuantos se olvidaron de dar la noticia.

En las fotos de la inauguración se puede ver un cartel flamante. Cuatro años después voy hasta allí, a ver si pisando el suelo de su plaza encuentro respuestas a mis pasos sin rumbo de los dieciocho.

Donde estaba el cartel sólo queda el poste. Es una plaza de barriada de conurbano: está un poco descuidada, tiene algunos juegos y un caminito de tierra en diagonal que la gente usa de atajo. Quién sabe si a Carlos le hubiera gustado uno de esos espacios verdes prolijos, de césped segado con prolijidad marcial.

Pregunto por el nombre de la plaza, pero la gente del barrio no lo sabe. Me mandan a otra que también se llama plaza San Martín. A Carlos no lo conocen. Algunos escuchan con atención la historia que les cuento. Es probable que un rato después la curiosidad los haya llevado a *Google*. A enterarse de cómo se llama ese cachito de pasto con hamacas despintadas que tienen frente a su casa.

Entro a un negocio del barrio. La palabra *desaparecido* es inevitable, incómoda. Les parece raro que un tipo vaya

hasta el culo del mundo a preguntar por el nombre de una plazoleta atrapada entre dos calles con reminiscencias monárquicas, el *Camino Real Norte* y el *Camino Real Sur*. Descreen. Desconfían. Sospechan. ¿Cuánto tendrá que ver la bulimia con que consumimos los diarios y las radios y la tele de aquellos años?

Eso de que no volvimos a ver a Carlos es una verdad a medias, una mentira a medias. Yo sí que lo volví a ver. Fue muchos años después de aquel otoño del 77. Faltaban unos años para *Google* y *Wikipedia*, y la enciclopedia *Encarta* era una especie de solución mágica para cada cuestión de la vida y de la muerte. Bastaba con escribir *Desaparecidos* en el buscador de la enciclopedia para que apareciera la foto de nuestro compañero, la de *El General*, en manos de Claudia, su madre. Ahí estaba Carlos San Martín hecho pancarta; la mirada llana de entonces en dos dimensiones, en blanco y negro; píxeles fuera de foco llenos de ideales.

A mí se me heló la sangre y salté a otra pantalla.

La fotografía que se menciona apareció en las ediciones de la Enciclopedia Microsoft Encarta bajo el crédito de Margaret (Marguerite) Feitlowitz.

Carlos San Martín, Carlos Blanco y Alejandro Estigarría eran estudiantes del Politécnico de Berazategui. Lucía Swica era profesora en el mismo colegio. Son los desaparecidos del Poli.

LA SECRETA VISIÓN DE LA CEGUERA

Por Milagros Sefair

Entrelaza sus manos blancas, manojos de huesos y venas. Ojos ven lo que nosotros no. Cuarto luminoso. Una ruidosa avenida se extiende bajo su ventana de cortinas alegres. Televisión, repetitiva información copiada a carbónico. “El noticioso de la tarde”. Escucha sin ver imágenes que no muestran la realidad del país. Ella no lo sabe, confía en cualquier frase armada que desean hacerle creer. La conversación de esta mañana con su hija menor, Amelita, la ha devastado. Tiene 78 años, más de diez en condición invidente. Sin embargo su reducto es luz. Dice a su nieta: *Veo todo blanco*, esta no entiende el silencio de su abuela.

-¿Qué paso? ¿Qué te dijo Amelita?

-Dijo que te buscan. Que cuando te encuentren te meterán presa porque sos enemiga de la Patria, de la Libertad.

-Y vos abuela ¿Que crees?

-Creo en ti, eres la luz de mis ojos.

Arremolina sus manos en el aire buscando las de su nieta y las encuentra

La joven se acerca a la ventana. Espía de costado, furtiva. La calle se ve en calma. Plagada de anonimatos y soledades presurosas. Repentinamente se tensa. La calma puede ser trampa para tontos. Hora de partir.

-Abuela ¿Tenés tijera de cortar el pelo?

-Si querida, en el canasto de costura hay una.

-¿Puedo usar tu baño?

-Claro mi querida.

Ahora la joven frente al espejo del botiquín, se ve demacrada, demasiado flaca. El corazón le estalla de ansiedad. Tiene que salir de allí cuanto antes. Su abuela y ama de llaves podrían correr peligro por su culpa.

Abandona las gafas negras que servían de bincha. Tijeretea sobre sus largos cabellos rubios que, caen en el lavatorio hasta tapan el orificio de desagüe. Cuando termina sonrío complacida. Ahora sí, ¡es otra persona! Se mira a los ojos y se reconoce. *Adiós Luz, soy Libertad*, coloca las gafas sobre sus ojos azules. Sale, mientras vuelve al cuarto de su abuela va pensando emocionada, en la elección de su nuevo nombre: Libertad.

-¡Libertad de expresión! Grita.

-¿Qué dijiste querida?

-Dije libertad de expresión. No escuches los noticieros, de nada vas a enterarte abuela, hay otra realidad.

Va a decir: exiliados, torturados, secuestrados, pero calla. No quiere alterar la paz de la anciana. Paz debidamente armada por los medios. Serán sus últimos años. Cuando todo se sepa, puesto que todo alguna vez se

sabe, cuando la gente tenga vergüenza de su actual ignorancia, su abuela ya no estará aquí.

Ella sigue con sus manos entrelazadas. En sus dedos un rosario de carey, murmura alabanzas, agradecimientos, pedidos.

Suena el timbre, ambas se sobresaltan. *Pueden ser ellos dice la anciana. ¿Quiénes son ellos, abue? Los que me dijo Amelita, susurra, los defensores de la patria.*

-Y yo la enemiga del pueblo

-¡No lo creo!

No atenderán el timbre. El ama de llaves, que está en la cocina, tiene ordenes de bajar el volumen de la radio y permanecer callada, *mientras este Luz en casa*. Su patrona le ha dicho:

-Si tenés miedo de las tonteras que dijo mi hija, no atiendas el timbre cuando Luz este aquí. Y yo disfrutare la visita de mi nieta sin interrupciones. ¿Qué, no ves? Mi hija esta loca. Si fuese tan peligrosa la situación del país, que esta al borde de caer tras la "cortina de hierro", nos hubiésemos enterado por los noticiosos. O usted no los ve junto a mí.

El ama de llaves obedeció sumisa. Pues conocía y amaba a Luz desde pequeña.

Ciegos, ¿quién? Todos los que no ven, ciegos aquellos que, no escuchan las voces de la historia, de nuestro país, la humanidad. Ciegos los anónimos que surcan veredas sin ver más que sus proyectos. Los que observan al niño mendicante, desde sus alturas de edificios vidriados. Ciegos los que firman contratos convenientes

para sus bolsillos, mientras otro mundo debajo de ellos se desangra.

-Bien, apaga el televisor. Quiero escuchar tu visión de la realidad. Ya dije, “Sos la luz de mis ojos”. Deseo la verdad. Te escucho niña querida...

Libertad habló, durante horas su abuela escuchó, la historia secreta de la historia. La que estaba prohibido contar, finalmente dijo: *Ya no soy Luz. Ésta se apagó en cuanto pude ver. Ahora soy Libertad y mi voz es un grito que quieren acallar. Por eso me buscan.*

-¡Veo!, gritó la anciana. ¡Veo! ¡He recuperado la visión!

El ama de llaves escucha y corre desde la cocina. Entra al cuarto sin el tímido *permiso*.

-¿Ve mi ama? ¿Es verdad?, e indaga en silencio a la nieta de la señora, pero Luz -Libertad nada dice. La anciana sí:

-Veo, no cortinas, adornos, ni artificios. Veo a través de los ojos de mi nieta. Veo la verdad. Y lloro, lloro de vergüenza porque no supe ver.

Si cerrásemos los ojos, podríamos descubrir un mundo que escapa a nuestra concepción de ver, dice Saint Exsupery: *“No se ve bien sino con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos”*. Entonces la abuela en su amor por la sangre de su sangre, miró hacia adentro, no con sus ojos inertes sino con su centro, y supo que su chiquilla estaba sola en el mundo. Luchando por concientizar una sociedad ciega, indiferente, incolora, insípida.

El ama de llaves no entiende del todo lo que está pasando, pero sintió ternura. Ofreció un té con scones. Ya son las cinco.

-*Libertad se quedará a dormir.*
-*¿Quién es Libertad?*
-*¿Cómo que quién es Libertad. Mi nieta.*
-*¿Cuál?*
-*¿Cómo cuál, ¿no la ve?, ahora es usted la ciega.*
-*No señora, Si la veo. Perdón. No sabía que su segundo nombre era Libertad, Perdón. Con permiso. Me retiro.*

Las dos sonrieron cómplices. Luego se les escapó una carcajada. Tomaron el té de las 17 hasta las 18 y llegó la hora de recitar poemas.

¡Abuela, dale! El gran Garrik. ¿Cual era su autor?
-¡Hay no! No lo recuerdo. Su autor... Juan de Dios Peza
-Dale abuela. Garrik. Yo te ayudo.

La anciana se sentó derecha. Tomó mucho aire y comenzó su declamación con tanta maestría que, su ama de llaves, vino corriendo.

-¡El Gran Garrik! Dijo Libertad y le indicó una silla, para que las acompañe a disfrutar. Abu, empezá de vuelta, Juana vino a escucharte también.

Reír llorando

Viendo a Garrik —actor de la Inglaterra—
el pueblo al aplaudirlo le decía:
—Eres el más gracioso de la tierra,
y el más feliz...
Y el cómico reía.

Víctimas del *spleen*, los altos lores
en sus noche más negras y pesadas,
iban a ver al rey de los actores,
y cambiaban su *spleen* en carcajadas.

Una vez, ante un médico famoso
llegose un hombre de mirar sombrío:
sufro —le dijo—, un mal tan espantoso
como esta palidez del rostro mío.

Nada me causa encanto ni atractivo;
no me importan mi nombre ni mi suerte;
en un eterno *spleen* muriendo vivo,
y es mi única pasión la de la muerte.

—Viajad y os distraeréis.
— ¡Tanto he viajado!
—Las lecturas buscad.
—¡Tanto he leído!
—Que os ame una mujer.
—¡Si soy amado!
—Un título adquirid.
—¡Noble he nacido!
—¿Pobre seréis quizá?
—Tengo riquezas.
—¿De lisonjas gustáis?
—¡Tantas escucho!...
—¿Qué tenéis de familia?
—Mis tristezas...
—¿Vais a los cementerios?
—Mucho... mucho...

—De vuestra vida actual ¿tenéis testigos?

—Sí, mas no dejo que me impongan yugos:
yo le llamo a los muertos mis amigos;
y les llamo a los vivos, mis verdugos.

Me deja —agrega el médico— perplejo
vuestro mal, y no debe acobardaros;
tomad hoy por receta este consejo
“Sólo viendo a Garrik podréis curaros”.

—¿A Garrik?

—Sí, a Garrik... La más remisa
y austera sociedad le busca ansiosa;
todo aquel que lo ve muere de risa.

—¿Y a mí me hará reír?

—¡Ah! sí, os lo juro,
él sí; nada más él; más... ¿qué os inquieta?
—Así -dijo el enfermo-, no me curo:
¡Yo soy Garrik!... Cambiadme la receta.

¡Cuántos hay que, cansados de la vida,
enfermos de pesar, muertos de tedio,
hacen reír como el actor suicida,
sin encontrar para su mal remedio!

¡Ay! ¡Cuántas veces al reír se llora!
¡Nadie en lo alegre de la risa fíe,
porque en los seres que el dolor devora
el alma llora cuando el rostro ríe!

Si se muere la fe, si huye la calma,
si sólo abrojos nuestra planta pisa,
lanza a la faz la tempestad del alma
un relámpago triste: la sonrisa.

El carnaval del mundo engaña tanto,
que las vidas son breves mascaradas;
aquí aprendemos a reír con llanto,
y también a llorar con carcajadas.

“Aquí aprendemos a reír con llanto y también a llorar con carcajadas... La última estrofa es dicha a coro. Luego reina la paz en su reducto de “té con scones”. Afuera se libran guerras secretas.

*-¿Libertad estas ahí?
-Eso intento abuela.*

LOS DISTRAÍDOS

Por Fernando Gastón Daniele

Apenas sabía leer y escribir cuando comencé esta investigación. Había oído hablar de un viaje a Europa o, mejor dicho, una estadía en Europa. Varias veces escuché a parte de mi familia decir “cuando estuvo en Europa” refiriéndose a mi tía Angelita. El tono y las gesticulaciones que acompañaban la frase llamaban la atención, algo sonaba mal. Un domingo los hice atragantar con los ravioles.

- tía vos estuviste en Europa?

-no, eh..., si-respondió

- Tenías guita?...De qué trabajabas?

Gané el PRODE Gasti – dijo, mientras rallaba una cáscara de queso hasta lastimarse los dedos. Los demás se rieron.

Intuí que me estaban cargando y decidí no someterme más a esa humillación, dejé las preguntas para otro momento. Necesitaba una explicación para el tema de Europa, ya que no teníamos ni para viajar de Ensenada a La Plata. Lo del PRODE no me cerraba pero me venía bárbaro. Por ese entonces el PRODE era muy popular y tener una tía que lo ganó me posicionaba muy bien en

el barrio. No tardé en hacer alarde en la esquina. "Mi tía ganó el PRODE y se fue a Italia" dije con cara de superado. Pero no era tan fácil tirar algo así en el barrio y no ser cuestionado. La primera reacción fue un coro de "amm que hambre ", después vino un largo interrogatorio del cual más o menos zafé. No pasó mucho tiempo hasta que vino el Mono y delante de todos me dijo:

-Ey, bardero!, tu tía nunca ganó el PRODE, ni se fue a Europa; estuvo en cana -y levantando las cejas agregó: -por montonera!.

Ahí nomás le di una piña en la boca y nos trezamos en el medio de la calle. Terminamos de pelear cuando nos cansamos y nunca más se habló del tema.

Esa misma noche lo encaré a mi viejo: "la tía estuvo en cana "le dije .Me miró sorprendido y empezó a preguntar quién me había dicho eso. Yo insistía: "contestame si o no " y él con "quién te dijo eso?". Le contesté que yo no era ningún buchón y me fui.

Ahora necesitaba saber qué era esta nueva palabra "MONTONERA ", en el diccionario que tenía no figuraba, en ese entonces no existía Google. Encaré a la maestra de tercer grado, la señorita Adriana: "seño qué significa montonera?". Me preguntó de dónde lo había sacado, hecho que no me sorprendió porque parecía ya una constante en los adultos responder con preguntas. Después esbozó una explicación sobre las montoneras y los gauchos, pero parecía muy confundida. Finalmente la terminé de sacar de quicio cuando la insté a que me dijera si eran buenos o malos y me sugirió de manera poco amigable que continúe con la tarea que tenía que hacer.

Semanas atrás en un hecho violento y confuso me arrebataron de la mano la foto de una nena que había encontrado en un cajón .“Quién es?”, dije. “Es Andrea, está en el cielo. No preguntes más y no digas nada” me contestaron.

Estaba cada vez más convencido de que ni mi familia ni la escuela eran fuentes confiables, además ya comenzaba a andar a las patadas con esas dos instituciones. Las respuestas que necesitaba tendría que buscarlas o encontrarlas en la calle.

Sería verdad lo que decía “la Mazzimarille”? (la paisana loca que acusaba a mi tía de haber puesto una bomba en el 275) y por eso no pisaba la vereda de la casa de mi abuela.

A esa edad estos misterios no me generaban una gran preocupación, no le daba demasiada trascendencia, lo importante era jugar bien al fútbol, pescar ranas , afanar fruta y otras maldades . Pero sin quererlo o queriéndolo me topaba siempre con alguna situación que me devolvía a la investigación.

El andar todo el día al pedo nos llevaba a hacer cosas extrañas como por ejemplo coleccionar marquillas de cigarrillos.

La fiebre por las marquillas de cigarrillos nos llevaba a incursionar clandestinamente en el puerto en busca de esa marquilla o cajita que nadie tenía. Subíamos a los barcos, merodeábamos por los muelles hasta que alguien gritaba: “ahí viene prefectura “ y corríamos en distintas direcciones. Después nos encontrábamos cruzando el muro que dividía la zona del puerto con la zona

del cabaret, donde alguna trabajadora sexual podía llegar a tener en su poder esa marquilla que buscábamos; porque como el Gavilán bien sabía: “las putas siempre fuman cigarros importados, se los dejan los marineros”.

Una tarde con el Gavilán y el Cabeza no alcanzamos a saltar el muro y nos agarró la prefectura. “Salto de rana, cuerpo a tierra!” gritaba el zumbo. Nos hacían tirar cuerpo a tierra en cuero, después parar firme. Los mosquitos nos devoraban y el zumbo nos amenazaba diciendo que al que se rascaba le metía un tiro. Los forros se divertían haciéndole eso a pendejos de entre diez y trece años. Cuando preguntaron nombre y apellido mentí. Pensé: no va a ser cosa que descubran que mi familia ponía bombas y me dejen en cana. El corazón se me salía por la boca, no había dicho mi apellido pero la presencia omnipotente del milico me hacía suponer que se daría cuenta que mentía y sería peor. El zumbo nos miró de arriba abajo y dijo: “rajen de acá!, la próxima vez que los vea los fondeamos en el rio!”.

-Si querían nos fondeaban en el rio-dijo serio el Gavilán cuando volvíamos al barrio.

-Amm ,amm -contestó el Cabeza mordiéndose el labio.

-Qué no boludo!, te fondean en el río y no la contás más, sabés cuánta gente fondearon?, salame.

-Callate... qué hambre que tenés!

-Qué no? boludo, los desaparecidos- dijo calmado. - O no?-. Y me miró a mí como si yo supiera de qué estaba hablando.

No sabía de qué hablaba pero asentí con la cabeza. Era la primera vez que escuchaba la palabra desapareci-

dos y se alojó en mi cabeza como un zumbido que se acomodaba con otros y por momentos se volvía algo ensordecedor: Andrea, montoneros, bomba, milicos, subversivos.

Anoté estas palabras en un cuaderno, las uní con fechas, busqué definiciones, sume otras. Empecé a sondear a la gente, a “ponerme pillo” como decía el Gavilán. Aprendí a esperar los momentos para preguntar ciertas cosas y a escuchar conversaciones de grandes mientras me hacía el pelotudo. La casa de mi abuela era un buen lugar para esta tarea. Allí los paisanos me convidaban el agrio y verborrágico vino de la costa junto con historias de su Furcci natal, de la miseria, de la postguerra, del frigorífico, el astillero, Perón, la resistencia, la dictadura.

En 1989 el barrio cantaba: “volveremos volveremos, de la mano de Cafiero “. Finalmente ganó la interna el hombre de patillas salvajes y camisa desprendida que se arremangaba y agarraba la pala. El tipo se parecía a nosotros, a mi viejo, al padre del mono. Era negro, trabajador.

La vuelta del peronismo generaba mucha expectativa. Personalmente pensaba que cambiaría mi vida. Fantaseaba con la posibilidad de una bicicleta de media carrera, un tv color y una video casetera. Mi viejo siempre postergaba el tv color, decía que había otras prioridades (comer por ejemplo). Cuando ganó Menem festejé. A bordo del rastrojero del padre del Mono cantábamos: “este pueblo no cambia de idea, lleva la bandera de Evita y Perón”.

Pasó un mes y me di cuenta que seguíamos siendo pobres y creo que a los tres meses mi viejo empezó a putear al Turco, igual que como puteaba a Alfonsín. Una

noche, mi viejo indignado y envalentonado por una copa de más de Resero o Bordolino, largó todo.

-Traidor!... Turco traidor! -le gritó al televisor .

-Porqué traidor? Pregunté.

- Indulta a los milicos, no te das cuenta?... no sabés las cosas qué hicieron?

- No...

-Secuestraron a la tía...la torturaron...Paola nació en la cárcel...

Se pasó la mano por toda la cara, se paró y se fue a dormir. Me quedé mirando el medio vaso de vino que dejó y aproveché para darle una pitada al Conway que nunca apagó.

Ahora sí estaba confundido. ¿Éramos peronistas?...¿Montonero no era lo mismo que peronista?. Me sentía estafado, me preguntaba cómo podía ser tanto esperar al peronismo para putearlo. Decían que los milicos metían preso a los peronistas pero resulta que el presidente peronista era amigo de los milicos. Era lo mismo que He-man se juntara con Skeletor o Batman con el Guasón; no podía asimilar eso. Pero la vida no te espera a que manejes ciertos conceptos, los hechos se suceden y las palabras se dicen estés preparado o no para entenderlas.

Al poco tiempo se fue el Gavilán, quien por tener unos años más o por el hecho de vivir en la calle siempre fue un referente. Además con él compartía algo, no sabía bien qué, pero a los dos no nos invitaban a ciertos cumpleaños, no habíamos tomado la comunión y nunca jugamos con soldaditos...Tiempo después supe que su papá fue acribillado por la triple A.

Llegaron los años de memoria, verdad y justicia. Retornaron los juicios a los genocidas. Para ese entonces el testimonio de la maternidad clandestina de mi tía era público, se podía leer en internet, sin embargo sentí la necesidad de cerrar la entrevista que comencé siendo un pibe y postergué por muchos años. Mi mayor resistencia había sido la de reabrir la llaga de ese pasado desgarrador, por eso cuando empezó a hablar en presente la escuché pero desestimé totalmente lo que me contaba. Hablaba de amenazas a los testigos. Pensé que lo hacía para desviar el tema. También le atribuía tanto a ella como a otros compañeros cierta paranoia, secuela de lo que habían vivido. Llegué a pensar que estaban todos locos, que veían grupos de tarea por todos lados.

Me equivoqué muy feo. Ya no era un pibe, era un estudiante de periodismo con algunas lecturas encima y bastante camino recorrido en la vida.

El 18 de septiembre de 2006 Jorge Julio López se convertía en el primer desaparecido en democracia. La palabra desaparecido retumbó en mi cabeza como la primera vez que la oí. Sentí mucha vergüenza, pensé en el Gavilán que desde algún lugar me decía: “ponete pillo...”

LOS TIRARON

Por Alicia Marina Rossi

_ A mis viejos los tiraron de un avión, loca, imagínate, yo diciendo mis viejos murieron en un accidente de moto, es muy loco, yo nunca cuento, mi tía dice *los padres de Marisel murieron en un tren*, cualquier verdura, yo no sé nada, es reloca toda esa historia volada, ¿viste?

Ella siguió hablando pero yo me subí al avión, con su papá y su mamá y los imaginé sentados y atados. Después recordé que separaban a los prisioneros, que hombres y mujeres eran enviados a distintos centros clandestinos, pero pensé que quizás, para hacer menos viajes de avión, los mezclaban. ¿Será que los arrojaban vivos, vendados, con los pies descalzos y enlazados? ¿Habrán podido ver mientras caían? ¿Se habrán despedido entre ellos o de los hijos?, en sus pensamientos digo, no sé, pensar o pedir algo durante la caída en picada. Capaz les metían un tiro primero y los arrojaban muertos dentro de una bolsa y con sobrepeso. ¿Se habrán alcanzado a abrazar antes? ¿Habrán visto desaparecer en el cielo a los primeros? A ningún hijo de puta se le ocurrió contarles cómo murieron, tener un poco de compasión, que

sus hijos sepan algo; que puedan compartir con sus padres, en las noches, algún pedazo del final, no sé, para estar con ellos y decirles algo. Al fin y al cabo, eso nos da el relato, la posibilidad de entrar en la historia que nos contaron y que nos contamos, hacer vínculos con los protagonistas. No pueden ser tan crueles de colgarlos de un signo de pregunta permanente, de orfanarlos sin historia, o dejarlos con un horroroso abanico de imaginar todas las muertes y padecimientos, no pueden tirarlos también a ellos al hoyo negro donde habitan los cuerpos desaparecidos y el vacío de la memoria. Yo pude estar cuando murió mi papá, en cambio de mi vieja solo sé dónde murió. Pero no cómo. Estaba muerta cuando la encontré. Por lo menos sé que llovía y amanecía, que fue en el piso de mi casa y estaba sola; me quedan huecos, pero al menos tengo pedazos para inventar y rearmar. Será por eso que acepto la muerte de mi papá y la de mi vieja me jode, me pisa como un tren. Peor para esos hijos que no tienen ninguna pieza del rompecabezas, no saben si al subir al avión sus padres olfateaban la muerte, si ascendieron la escalinata a cara descubierta, si reconocieron al pájaro de acero y pico letal que los tragaría. ¡Cómo no le cuentan!

Mientras yo volaba tratando de entender, ella había silenciado y miraba sin ver. Aterrícé, dejé de pilotear en la oscuridad y al salir del avión le pregunté:

_ ¿Vos qué hacés cuando te agarra la locura y la bronca?

_ Me voy a la orilla del río a ver si pasan.

Qué le iba a decir, que eso sí era reloco, que era imposible que flotaran con el tiempo que pasó, que le iba a

decir si era lo más cerca que ella podía estar de la tumba de sus padres.

_ ¿Sabés en qué época fue y adónde los arrojaron?

_ No, mi hermano anda averiguando, anda atrás de un periódico de Santa Fe que batió algo, decía que en el Paraná, a la altura de Rosario, a la noche llovían cuerpos celestes.

_ ¿Y vos qué vas a hacer?

_ No sé, loca, voy a pedir un rastrillaje del río_ hizo un silencio corto, luego una mueca nerviosa de sonrisa y me aclaró:

_ No, boluda, nada, qué voy a hacer, un carajo puedo hacer _ silencio largo_ A veces, los domingo voy al río, me tiro y floto en la cama de agua que mis viejos tienen ahora, para estar con ellos, viste, y siento que me sostienen desde abajo para que haga la plancha, te juro, como cuando era chiquita y nos íbamos a Guadalupe.

MAREA DE HORROR

Por Cristina Validakis

Otra vez ese sueño: la frenada de un vehículo, los golpes en la puerta, los gritos. Ella es pequeñita, su cuerpo es de niña, su voz es de niña; está en su cama, lo sabe, aunque no es la actual, puede ver sus osos, sus muñecas en el estante – sabe que son suyas- y juguetes en el suelo. La luz del velador agiganta las sombras del tamaño del miedo. Se cubre los ojos con la sábana aún dominada por los vahos del sueño, cuando unas pequeñas manos, casi como las de ella, la sacan de la calidez de las frazadas, de un tirón. Y luego es arrastrada por un pasillo alto y estrecho hasta el fondo de la casa. Y esas manos pequeñas, pero más fuertes que las suyas, la empujan adentro de un espacio tan reducido y oscuro, como las fauces de un secreto.

- No te muevas, no hables, pase lo que pase- le susurra en los oídos ese niño, mientras trata de acomodarse a su lado y cerrar la puerta. Ahora sabe que están dentro de un placar, pero la puerta no cierra, algo lo impide. De pronto está sola, la puerta cerrada desde afuera, y el olor del mueble y el encierro, la invade.

Gritos, golpes, llantos, como si de pronto el mundo se derrumbara a su alrededor, cierra los ojos y se tapa los oídos. Pero ese olor... ese olor dulzón, frutado, de las toallas se torna insoportable. Entonces ese es el momento en que despierta, sudorosa, asustada, temblando, con el aroma aún impregnando sus sentidos.

- ¿Qué hora es, abuela? – dice Laura tratando de quitarse los restos de esa pesadilla que la persigue desde la infancia.

- Las ocho corazón, ¿tenés clases hoy?- pregunta poniendo el café con leche en la mesa y unas porciones de pasta frola.

- Sí, hasta las doce...- responde tomando su desayuno a los apurones.- Y pasaré directo a la oficina, no vendré a almorzar. – finaliza dándole un beso a esa anciana que la ha criado, cuando sus padres desaparecieron. La ha visto achicarse, lentamente con el paso del tiempo, ahora camina a pasos lentos, pero aun así, sigue sirviéndole el desayuno todas las mañanas.

A las nueve ingresa en la clase de Historia de la Facu. La mejor clase, la que dicta Jorge con esa pasión en la sangre, con esa energía emblemática que transmite como si él mismo hubiera sido parte de las historias que cuenta. Jorge, ese profe apenas un poco mayor que ella, pero que parece haber vivido mil años, todas las épocas, todos los hechos. Que parece haber sufrido cien y mil veces los dolores de parir la inexplicable cotidianeidad. Que parece haber llorado por sus pérdidas y haber perdonado y entendido otras tantas caídas y derrotas. Que dice haberle buscado explicación a todos los hechos, habiéndosela encontrado a muy pocos.

Escucha su voz casi sin oírlo, pensando qué historia personal lo habrá llevado a ese lugar, a esa pasión. Lo mira con los ojos de la admiración, por ese caudal insuperable de conocimientos y esa insaciable sed por saber los vericuetos ocultos de la historia, las motivaciones secretas de los próceres y los no tan próceres. Ama a ese hombre, piensa, mientras escucha el timbre que finaliza la hora de clase. Se queda en el banco hasta que todos se van y luego se le acerca con la sonrisa embobada que el amor le dibuja.

-Hola Laura- dice Jorge mirándola con el mismo arrobamiento- ¿nos encontramos en el café cuando salgas de la oficina? Tengo algo que quiero mostrarte. – agrega mientras guarda sus libros en el maletín. Luego, sorpresivamente y de manera fugaz, la besa en la boca y se ríen mirando a su alrededor, para constatar demasiado tarde, que nadie los haya visto. Y Laura sale apurada, con el corazón saltándole en el pecho como si fuera una adolescente. Tiene más de treinta años, una carrera de Periodismo iniciada a deshora, y este amor que la sorprende y que aún no puede contar a nadie. Tiene todo, y a la vez, no tiene nada, piensa casi con temor y sin saber por qué estos pensamientos la deprimen.

A las seis de la tarde, ingresan en la Gran Aula Magna de la Facultad caminando juntos. Salta a la vista, que son una pareja. Tal vez todos lo saben pero nadie lo dice a la espera del anuncio oficial.

- Esto que has organizado con los chicos de quinto año es especial. – le expresa Laura.

- Un Museo de la Memoria, a los desaparecidos en

el Proceso Militar- dice él mostrándole los enormes paneles con fotos que cubren las paredes.

A su alrededor se mueve una marea de jóvenes mirando con horror los rostros de aquellos que otra marea de odio ha convertido en “desaparecidos”.

Un dolor profundo, casi visceral, le sube a Laura desde los pies y le oprime la garganta. Hay familias enteras. Hay rostros de estudiantes, de niños, de madres embarazadas. Rostros... rostros... como el suyo. Normales, comunes. Es imposible imaginarlos desfigurados por el terror, o la tortura.

Y entonces el olor a jabón de las toallas de su sueño se entremezcla con el metálico aroma de las fotos que danzan ante sus ojos. Esos ojos que comienzan a ensancharse cuando se detienen en una pared. No escucha voces, sólo ese olor y la mano de Jorge señalando una foto desde donde la mira, otra niña con sus mismos ojos. Y se siente correr por un pasillo lleno de otras fotos de la mano de alguien, de otro niño que la mira atemorizado antes de cerrar la puerta del placar.

- Te quedaste muda Laura- murmura Jorge, pero ella escucha de esa voz, otras palabras “No te muevas, no hables, pase lo que pase...” Y la mano de Jorge sigue señalando la foto donde la niña de sus mismos ojos la mira – ¿Ves Laura? Esa foto que está allí la traje yo y estoy junto a mi hermana. Es el único recuerdo que logré llevarme cuando los milicos asesinaron a mi familia para luego entregarme en adopción. El único pecado de mis padres fue haber publicado algo sobre el Proceso, haber osado denunciar una gotita de ese horror, por eso estu-

dié Periodismo. Recuerdo cuando entraron... y que sólo pude esconder a mi hermana y tomar del pasillo de la casa esta foto y ocultarla entre mis ropas, no sé por qué, quizás para no olvidar... Para no olvidar que no los pude salvar, ni llevarme conmigo a mi hermanita...

Pero Laura ya no lo escucha. Sólo puede sentir el aroma dulzón del jabón y otra voz lejana, muy lejana que llega a ella desde el pasado, entre el llanto y el terror.

- Laura, pequeña...- grita su abuela mientras la saca del placar y la abraza ¿Dónde está tu hermano? ¿Dónde...? ¿Por qué, Laura, por qué, tu hermano, no se quedó escondido contigo en el placar...?

MAS QUE UN DESEO

Por Agustina Cavalanti

Son ingenieros agrónomos y en los 70 militaron en agrupaciones contrarias. Simbolizan la unión, el miedo, el dolor y la lucha. A 39 años de la dictadura más escalofriante de la Argentina, Luis e Isaac relatan sus propias historias y recuerdan a los compañeros que ya no están.

*“Te encontraré donde pueda
me llevarás hasta el cielo
perdurarás en el aire
mientras te vuelvo un sueño”*

Las Pelotas

Mucho tiempo después, escuchaba una sirena y se paralizaba. **Luis Polotto** es un hombre un poco más bajo que los hombres altos, canoso, de unos 66 años. Se lo llevaron la noche del catorce de diciembre. *“Entraron a mi casa alrededor de la medianoche, me vendaron, la dieron vuelta y me arrastraron”*, cuenta y se saca el reloj pulsera. Y se lo vuelve a poner. Y se lo vuelve a sacar.

Es ingeniero agrónomo y durante la década del 70 militó en la Juventud Universitaria Peronista. Le ataron las manos con una cadena, lo cargaron en el asiento de atrás de un falcón y lo acostaron en medio de dos tipos armados. *“Sentí que me iban a matar. Lo primero que pensé fue: perdí”*. Años después supo que había pasado la noche en el Atlético.

El “Club Atlético” fue uno de los centros clandestinos de detención que operó en la Ciudad de Buenos Aires durante la Dictadura Militar. Funcionó entre febrero y diciembre del 77 en el sótano de un edificio de tres plantas, ubicado en la avenida Paseo Colón, entre Cochabamba y San Juan. El campo tenía dos secciones de celdas separadas por un pasillo, tres salas de tortura llamadas “quirófano”, los baños, la denominada “leonera” (lugar de concentración de detenidos), una enfermería, la sala de guardia y tres celdas individuales. El lugar tenía capacidad para unas doscientas personas y durante su funcionamiento habría alojado a más de mil quinientas.

“No me picanearon pero me golpearon toda la noche. Nunca me desvendaron los ojos. Escuchaba cómo sufría al lado mío un joven que le gritaba al torturador: ¡porque no me matas de una vez, hijo de puta!”.

Actualmente, trabaja en la Secretaría de Ambiente de la Nación. Lleva una barba prolijamente cortada, camisa verde y jeans. El color verde representa la seguridad; estabilidad y resistencia; significa vida. Luis tiene voz gruesa y su rostro denota simpatía. No se cruza de piernas al hablar. *“Cuando me aparté de la agrupación, me casé y tuve mi primer hijo. ¿Vos sabes lo que es estar detenido y que pasen y te digan: ¡qué lindo que es tu hijo!?”*.

Lo soltaron la noche del quince de diciembre en Constitución. Le dieron treinta pesos, los que tenía en su bolsillo cuando lo detuvieron. Esperó un rato, tomó un taxi y se fue a la casa de un pariente.

“No te decían por qué, te llevaban para preguntarte nombres. Me preguntaron. Por suerte hasta donde me fajaron me la aguanté y no dije nada. No sabes cómo vas a reaccionar. Hay gente que nunca abrió la boca, hay gente que abrió la boca después de sufrir mucho, es una cosa que entre los que estuvimos detenidos no se pregunta”.

Isaac Cymerman tiene 63 años y hace 40 militaba en el Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda. Pero cuando los militares intervinieron la facultad, dejó sistemáticamente de estudiar. *“Me alejé pero colaboré con la gente que le hacía algún tipo de resistencia a las acciones de la dictadura. Les di alojamiento porque no podían estar en su casa”*, cuenta.

Quando habla mueve las rodillas y rechina los pies contra el piso. Usa de esos lentes con aumento que los cristales se oscurecen con el sol. *“Cuando salía de la facultad tenía miedo, y daba vueltas hasta llegar a mi casa. Me pararon varias veces, y yo tardé mucho en sacarme la barba. Con barba y libro eras sospechoso”.*

Es un poco más petiso que Luis y la emoción que le traen los recuerdos hace que su voz sea baja y pausada. *“Una juventud muy idealista. Que se encontraba directamente con la brutalidad, comparable con el nazismo. Hay*

que estar en ese lugar, en ese momento, es muy difícil. Yo sobreviví pero ellos están desaparecidos”, dice y saca un pañuelo de tela del bolsillo.

Sus ojos se achican y se llenan de lágrimas. “¿Por qué?. ¿Quién decide sobre la vida y la muerte de la gente?”. Lloro. “Es lo más oscuro del ser humano. Es como si yo mañana no te viera más, ¿por qué?, ¿por una idea? Es aterrador”. Hace silencio. “Hay secuelas y van a pasar varias generaciones para poder superarlas”.

A pesar del miedo que lo acompañó por muchos años, Isaac retomó sus estudios en la facultad y en el 84 se recibió de ingeniero agrónomo.

“Había policías a caballo vigilando Agronomía”

Con el Golpe de Estado más escalofriante de la Argentina vino el terror. Los estudiantes de la Facultad de Agronomía, como de todas las universidades del país, se convirtieron en sospechosos, delatores, enemigos y subversivos, en víctimas y victimarios. Así, se clausuraron los claustros de estudiantes, docentes y graduados; se prohibió la política y la participación; y se alteraron los programas de estudio y los objetivos académicos.

Según los datos que constan en un registro del Archivo Nacional de la Memoria: las víctimas del terrorismo de Estado de la facultad son cerca de veintiséis estudiantes, tres graduados, un docente y un no docente. Pero la lista se cierra con puntos suspensivos, porque habría más víctimas no contactadas.

“Nosotros agarramos un momento de transición, reflejado en la separación de Agronomía y Veterinaria. Además,

en el 73 sacaron el curso de ingreso y pusieron el introductorio que no era limitante. Eso hizo que entre mucha gente a la facultad y se sumen a las actividades políticas”, dice Luis.

En la década del 70, los estudiantes de Veterinaria comenzaron a hacer huelgas para que las facultades de Agronomía y Veterinaria se separaran. El crítico proceso duró meses. La disociación real de las instituciones concluyó con la división de los terrenos, los edificios y el personal docente y administrativo.

“En esa época se daba en la facultad un clima persecutorio, no había libertad. El centro dejó de cumplir la función que cumplía, y fue intervenido y saqueado. Se apropiaron de ese dinero. Eran represores no solamente desde el punto de vista ideológico sino también eran delincuentes”, asegura Isaac.

Y Luis recuerda: *“En la clase te controlaban mucho, yo trataba de parecer un chico prolijo, bien vestido. Había policías a caballo en la facultad. Me acuerdo cuando fui a dar un examen en marzo del 78, un compañero me miró y me dijo: qué... ¿estás vivo?”.*

Militantes y amigos, el recuerdo de los que ya no están

Claudio Casoy era hincha de Racing como Luis. Una persona muy flaca, hiperactiva, y convencida de sus ideales. Un joven con muchas ganas de vivir y crecer, que a la par de militar seguía estudiando. Había sido presidente del Centro de Estudiantes. *“En el año 76 estaba cursando en Dasonomía con Claudio y le dije: ¿qué estás haciendo vos*

acá!, te das cuenta del riesgo que estás corriendo. Me respondió que quería seguir estudiando, convencido que había que lograr el objetivo de justicia a la vez de capacitarse. Y a pocos meses lo secuestraron. Me dolió mucho. Había ido a su casamiento, conocía a la familia, éramos amigos”.

Según Isaac, **Gabriel Porta** era un poco más bajo que él, más ancho y siempre usaba anteojos de sol. Juntos estudiaban, se divertían y tenían ilusiones. Además de compañeros de militancia, eran amigos. Gabriel tenía cerca de 25 años, y en ese momento era empleado del Centro de Estudiantes. Una noche lo fueron a buscar a su casa. *“La parte económica la manejaba el Consejo Directivo del Centro de Estudiantes, pero para la salida del fondo, la firmaba también Gabriel como empleado. Los presionaron para que firmen el traspaso de fondos pero él se negó”*, relata Isaac.

Y con bronca e indignación cuenta: *“Yo le decía que para mí esto era muy grave y que lo de él era muy heroico pero muy riesgoso. Lo apretaron acá, en decanato. ¡Acá adentro!. A pesar de eso él insistió. No se asustó, yo lo conocía. Los presionaron hasta que lo fueron a buscar y desapareció”.*

“Tenemos el recuerdo de todos los amigos de todas las agrupaciones. Participamos de las marchas, asumiendo cada vez más compromiso. Cuando volvió la democracia volvimos a encontrarnos unos cuantos. Sentimos alivio, alegría y esperanza”.

Luis e Isaac son sobrevivientes y víctimas del terrorismo que el Gobierno Militar llevó adelante en el país. Un gobierno que restringió trágicamente la libertad de

expresión, que exterminó a todo aquel que pensara diferente. Un gobierno que masacró a aquellos que ni siquiera manifestaban sus ideas.

La Facultad de Agronomía tiene memoria. Y como alguna vez escribió Mario Benedetti: “...cantamos porque llueve sobre el surco y somos militantes de la vida, y porque no podemos ni queremos dejar que la canción se haga ceniza...”. Todos fuimos sobrevivientes y todos fuimos víctimas. **Nunca más, es más que un deseo.**

NOSOTRAS

LO PADECIMOS TAMBIÉN

Por Florencia Apud

A pesar de que ya hayan transcurrido más de treinta años, en los que intentamos olvidarnos de todo lo que ocurrió, e incluso nos restablecimos en otros lugares y tratamos de reconstruir nuestras vidas, nuestra especie aún no puede superar los hechos. Lo que pasó en esas semanas, llenas de desesperación, cargadas con el sonido de los gritos y el destellar de las armas, quedó grabado en nuestras memorias para siempre. Si no fuera por nosotras, las pocas que sobrevivimos al ataque, nadie podría conocer la historia. Hablar de los hechos, incluso en esta época, tan moderna y avanzada, en donde el derecho a la libertad de expresión está tan protegido, es tabú en nuestra sociedad; todos temen que la historia se repita. Ese no es nuestro caso; pensamos que es tiempo, después de todo lo que vimos y escuchamos en estas décadas, de abrir la herida y denunciar al hombre por el maltrato que sufrimos, y seguimos sufriendo.

Ya vivimos demasiadas bajas; bajas devastadoras que amenazaron con conducir a nuestra raza a la extinción, que aceptamos con la cabeza gacha, y que no pudi-

mos combatir. Los 70's no fueron más que un ejemplo. Los seres humanos, enormes, imponentes, con el poder de hacer lo que se les viene en gana, nos discriminaron desde siempre por ser más pequeñas y pensar diferente. A esta altura de nuestras vidas, ya no nos importa lo que piensen de nosotras. No queremos que nos inviten a entrar en la casa, con los brazos abiertos de par en par; ni siquiera nos interesa que confíen en nosotras, ni que nos alimenten. Solo pedimos un poco de respeto. Queremos vivir sin miedo aunque seamos anatómicamente diferentes; aunque seamos, como los humanos nos llaman, y con lo que no estamos muy de acuerdo, insectos desagradables.

Hubo un tiempo en el que todas las cucarachas, otro nombre que nos dieron, porque nosotras no tenemos nombres individuales ni nos importa incorporarlos, podíamos caminar tranquilas por la casa. Sobre todo por la cocina, esa habitación amplia e iluminada, repleta de comida caliente y agua cristalina, en donde nos encantaba relajarnos. Esa época de oro, porque no se la puede llamar de otra manera, coincidió justo con los meses después de que Jorge, el dueño y señor de la casa, alto, flaco y bigotudo, con esa cara de serio y caminar erguido, despidiera a la mucama. Desde ese momento, libre de plumeros, trapos de pisos y detergentes, no tuvimos que ocultarnos, correr, ni suplicar por nuestras vidas. Fue el apogeo de nuestra raza; humildes y pequeñas como éramos, comenzamos a reproducirnos a una velocidad exorbitante y conquistar nuevos agujeros, recovecos y hendiduras.

Para nuestra desgracia, la paz comenzó a desvanecerse demasiado rápido. Las cosas comenzaron a ponerse feas en la casa, que se había convertido en un enorme bufet para nosotras, repleta de basura que nadie se molestaba en recoger del suelo, las mesadas ni las hornallas de la cocina. Jorge comenzó a impacientarse; Alicia, su mujer, intentaba limpiar y ordenar el desastre, pero sus siete hijos, uno más desordenado que el otro, a pesar de la estricta educación que les brindaban su padre y la escuela militar, deshacían constantemente su trabajo. La necesidad de escondernos nos llegó tan rápido como la edad de oro; en cuanto se incorporó la mujer que sería la nueva mucama de la familia Videla, nos vimos obligadas a volvernos clandestinas.

Dos días después de su llegada, que recibimos con el amargo sabor del odio borboteando en la garganta, los pasillos, las ventanas y los pisos despedían ese olor potente que dejan todos los productos de limpieza. No fue hasta el tercer día, que nos encontró; paseábamos cómodamente por los estantes de la alacena superior de la cocina, despistados, acostumbrados a la tranquilidad y a la seguridad que brinda un ambiente desordenado. Su grito fue automático; hizo temblar las latas de arvejas y los botes de mermelada. Fue en ese instante, tan efímero y revelador, en el que nos dimos cuenta de que ya nada sería como antes. Lo que para ella, una mujer menuda, con los pelos castaños escapándosele de la cofia, con las mejillas rosadas por el esfuerzo producido por limpiar una casa tan grande, había sido un grito de espanto, en nuestro idioma se tradujo como un grito de guerra.

Comenzamos a ocultarnos justo después de ese episodio; teníamos mucho cuidado y evitábamos cruzarnos con la mucama que, desde el incidente, mantenía la guardia alta y amenazaba con pedirle al señor Jorge que comprara insecticidas. Se había vuelto más precavido por órdenes del dueño de casa, y revisaba con atención cada rincón; limpiaba minuciosamente las migajas desparradas en la cocina, que representaban nuestra principal fuente de alimento. Ni siquiera nuestros agujeros, recovecos y hendiduras, que habían perdido notablemente calidez luego de que llegaran a ellos los productos para pisos, eran seguros para nosotras. A la luz del sol, era imposible abandonar los escondites para buscar comida. Teníamos que esperar a la noche, cuando la luna se asomaba en el cielo, después de que la familia cenara y la cocina se limpiase, luego de que la mucama apagara la luz y se marchara, para salir de nuestras guaridas en busca de algo que comer.

Las semanas pasaron, y sumieron a nuestra humilde raza en el hambre y la desesperación. En esos días se registró una baja total de diez cucarachas; también se atendió a varias heridas, y un pelotón de búsqueda se encargó de otras pocas, que figuraban en los archivos como desaparecidas. Ante la indignación, tres de las nuestras, las más valientes y a la vez tercas, en un necio afán de negociar, se acercaron a los pies de Jorge, una tarde calurosa, para suplicarle que nos dejara comer en paz y que se llevara a la mucama con sus productos de limpieza. La respuesta fue catastrófica. Esa noche una compañía pequeña cargó los inertes cuerpos, despeda-

zados por los pisotones firmes del hombre, en unas camillas de papel de diariodiminutas e improvisadas. Una ceremonia fue organizada en su honor, en el escondite más grande de la comunidad.

Fue en esa madrugada, cargada de dolor y desesperanza, mientras el odio refulgía violento en nuestros corazones, cuando decidimos crear la O.C.U. y enfrentarnos de una vez por todas al hombre y sus acciones violentas. La O. C. U., u Organización de Cucarachas Unidas, comenzó a trabajar de inmediato. Estábamos cansadas de la falta de comida y de los asesinatos. Ni una cucaracha más caería ante las manos de Jorge Videla, su esposa, sus hijos, ni su condenada mucama. Esa noche, y las siete que siguieron, ignoramos el hambre y el cansancio, que nos obligaban a movernos mucho más lento de lo normal y perjudicaban nuestros proyectos, y nos dedicamos a organizar el ejército y planear la estrategia.

Construimos nuestras propias armas hechas de palillos, que robamos con cuidado de la alacena inferior, en el momento en que la mucama lavaba el baño del segundo piso. También recogimos alambres, alfileres y chinches; cualquier cosa punzante de metal o madera nos sería útil para cumplir nuestro cometido. Las armas más elaboradas, las más mortíferas y peligrosas, serían empuñadas por las cucarachas más fuertes; las mismas que habían demostrado su valentía recolectando comida y materiales, a pesar de la presencia de un ser humano cerca, y habían salido de la misión con vida, guiarían al resto del pelotón. Cuando las armas estuvieron listas, las filas del ejército organizadas, y las provisiones, que con-

sistían más que nada en migajas viejas y pedacitos de basura, se hallaron distribuidas de manera eficiente, el ejército de la O.C.U. se preparó para atacar.

Habíamos acordado el asalto para la hora de la cena; en donde toda la familia y la mucama, que aún no se había retirado del servicio, se hallaban reunidas en un mismo lugar: el comedor central. Mataríamos diez pájaros de un tiro. La marcha hacia el comedor, que se hallaba cruzando la puerta de la cocina, a un metro de distancia de nuestro escondite principal, duró más que el ataque. Caminamos todas juntas, en perfecto alineamiento, sin romper la formación que tanto nos había costado organizar, con nuestras armas hechas a mano, que relucían mientras cortaban el aire con sus filos mortíferos. Cuando comenzamos a cruzar la abertura e ingresar en la sala contigua, elevamos, emocionadas y sedientas de sangre, nuestros gritos de guerra; la reacción de nuestros enemigos, que se encontraban sentados alrededor de la mesa y nos miraban, asqueados y sorprendidos, fue justo la esperada.

Los niños se pararon en las sillas, presos del miedo. Alicia los imitó minutos después, cuando el resto de nuestro batallón cruzó la puerta, ocupando la quinta parte de la sala, moviéndose a un ritmo constante y seguro. La mucama, que justo entraba para comprobar si la cena había concluido, palideció al encontrarse cara a cara con nuestro ejército, se llevó una mano a la boca gesto que entendimos como una señal de respeto y rendición por su parte, y retrocedió hasta chocar contra la pared. Solo Jorge, como se esperaba del jefe de la familia, se mantuvo

sereno. Caminó hacia la puerta, sin perder la compostura, con ese paso firme típico suyo, y la abrió para que su mujer, sus hijos, y la mucama, salieran del cuarto. Ellos, que habían entendido la señal, salieron uno por uno, en fila india, intentando no mirarnos. Jorge dio media vuelta, se acercó a la mesa, e ignorándonos, levantó su copa de vino y bebió un largo trago. Sin decir palabra, dejó nuevamente la copa en su lugar y se dirigió hacia la puerta. Fue en ese instante, justo cuando se alejaba, justo antes de cerrar la puerta de madera a sus espaldas, cuando una servilleta blanca se enganchó en la manga de su saco, y cayó al suelo. La puerta se cerró con suavidad, y nosotras, absortas y aliviadas por no haber tenido que usar la fuerza, y que habíamos entendido la caída de esa servilleta blanca como señal de rendición, rompimos el silencio con nuestros gritos, silbidos y bramidos cargados de orgullo.

Ya de vuelta en el escondite mayor, con los estómagos hinchados de tanto comer, y los corazones orgullosos por el triunfo, nos permitimos descansar las patas sobre las mesas, y cerrar los ojos, exhaustas. Las armas descansaban, como nuevas, sin una sola gota de sangre, contra la pared del escondite. La O.C.U. había triunfado esa noche, y nosotras podríamos dormir tranquilas. Las luces se apagaron y todas las cucarachas, agotadas por el movimiento del día, bostezando, y algunas mareadas por el alcohol, se dirigieron a sus respectivas guaridas para descansar. La paz reinaba de nuevo en la casa; la época de oro había regresado.

O al menos eso creímos. Porque esa noche, cuando la comunidad entera de cucarachas dormía plácidamente,

soñando con la victoria sobre los Videla y su mucama, y con las batallas que la O.C.U. ganaría en el futuro, el gas mortífero se deslizó por los rincones de la cocina. Entró en cada agujero, recoveco y hendidura; se coló incluso por los lugares más pequeños, por los que ni siquiera integrantes de nuestra propia raza podrían haber caminado. Muy pocas sobrevivimos al silencioso ataque. Ahora vivimos agazapadas en recovecos del jardín, en donde tuvimos que abrirnos camino y luchar contra centenares de otros bichos, que no querían cedernos su terreno. Sabemos que fue él el que nos exterminó a todas; tal vez no lo vimos apretar los gatillos y liberar el gas tóxico que tomó toda la habitación y mató a nuestra gente, pero estamos seguras, en lo más profundo de nuestras almas, de que fue él, Jorge Videla, quien ordenó el ataque.

VÍCTOR BASTERRA: EL QUE REGRESÓ DE LA MUERTE

Por Walter Barboza

Con precisión, Víctor sigue recordando hoy su experiencia como detenido-desaparecido en la ESMA. Su valor para ocultar las fotografías que fue obligado a sacar a los militantes populares allí secuestrados, y a los oficiales represores de la Escuela de Mecánica de la Armada que falsificaban sus identidades para realizar operaciones clandestinas en el exterior, fueron fundamentales para el juicio a la primera Junta Militar que interrumpiera el proceso democrático iniciado en la Argentina en el año 1973. Víctor Basterra, el que regresó de la muerte. El que fue sometido a lo más bajo de la condición humana.

“¿Quién es?”, pregunta una voz, como de trueno, del otro lado de la puerta. “Vengo de parte de Pedro”, espetta con temor este cronista. El acceso a la modesta vivienda ubicada en un barrio de la ciudad de La Plata, que por seguridad ésta crónica no revelará, se abre lentamente. El nombre Pedro, funciona como una clave que el interlocutor rápidamente descripta. Detrás de la puerta de madera, con cierto dejo de desconfianza, Víctor Basterra apenas asoma la cabeza.

Es invierno y el frío aprieta, y el calor del interior de la casa se siente más cálidamente en la medida en que la pronunciación de las primeras palabras, y las impresiones propias de alguien que sabe leer en el otro los gestos de honestidad, dan lugar al relaxo. El estrecho corredor, que conecta en forma de chorizo el hall de entrada con la cocina, despliega muebles, papeles y libros de un lado a otro. Da la impresión, es las once de la noche, que este hombre pasa las horas nocturnas en vela, leyendo, estudiando documentos, repasando en su memoria nombres, fechas y datos.

Víctor es muy bajo, quizás un metro sesenta y cinco, tal vez un poco menos, aunque su fisonomía delata la existencia de una estructura física que pudo haber sido atlética en el pasado. Su andar cansino son los signos ineludibles del maltrato, o acaso del horror más despiadado que un ser humano pueda sufrir en su cuerpo. Solo una radio, sintonizada en los programas que la AM ofrece a esa hora, lo acompaña. También las lecturas de una temática que lo obsesiona, que le despierta la más profunda de las pasiones, que es una parte sustancial de su vida, que lo constituyó como sujeto, como hombre vital en los tempranos sesenta: La historia de los militantes populares que lo acompañaron durante su cautiverio en la ESMA.

Quizás lo supiera desde sus inicios como militante en el Peronismo de Base y en las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), cuando siendo trabajador gráfico, y marcado por el conflicto gremial que los trabajadores de la carne del frigorífico Lisandro de La Torre llevaron adelante en

1959, decidió asumir su compromiso con la denominada Alternativa Independiente. Cosa rara el peronismo: logró aglutinar en sus primeros treinta años como movimiento a una inabarcable cantidad de organizaciones políticas, que fueron pasando desde las más reaccionarias a las más combativas, de la derecha extrema a la izquierda revolucionaria, de la más popular y “basista”, a la más culta e intelectualizada.

El color de su piel, semejante a la de un moro, confirma la tesis de este cronista: si el peronismo, tal y como es, hubiera sido integrado sólo por gente rubia y bella, tal vez no hubiera sido estigmatizado como lo fue por las clases dominantes argentinas. El gran problema del peronismo, para una gran parte de la sociedad, su negación política, su asociación obligada con la negritud, tiene más raíces raciales que ideológicas. Víctor lo sabe, lo entiende, lo entendió a partir de su opción política. O quizás lo entendió en la sala de tortura de la ESMA, cuando los oficiales de la armada lo castigaron hasta provocarles dos paros cardíacos.

“Yo delaté a varios compañeros, en la sala de torturas”, explica apenas se sienta. Cómo volver después de esa confesión, cómo recuperar algo de la dignidad perdida por la fuerza de la corriente eléctrica, o arrancada por las voces de los oficiales que lo preguntan todo: nombres, direcciones, horarios, lugares. “Fue apenas me detuvieron, en agosto de 1979”, relata. “Me llevaron a la ESMA y mientras me picaneaban amenazaban con matar a toda mi familia si no cantaba. Así fue como cayeron varios de mis compañeros de La Plata”, concluye.

En la historia de la delación involuntaria, Celina y Guillermo fueron dos de las víctimas. Ellos también regresaron del cautiverio y años más tarde se encontraron con Víctor en un acto callejero. Lo llamaron “traidor” y le dieron la espalda hasta que el paso del tiempo suturó las heridas y pudieron revisar el pasado sin rencores. Es la pérdida de la condición humana, sin más. La reducción del ser humano al estado de cosa. El ensayo que la dictadura más atroz, que conoció la Argentina, tuvo como meta u objetivo.

¿Por qué sobrevive Víctor? Por su oficio. Por la sencilla razón de que era un trabajador gráfico que sabía técnicamente sobre fotografías e impresiones. “Me utilizaron como mano de obra esclava, que es un tema que todavía no ha sido debidamente analizado en los juicios a los militares”, reflexiona. Tenía la función de fotografiar a los oficiales que falsificaban documentos de identidad para poder hacer sus operaciones de inteligencia en el exterior (Brasil o México).

Pero donde hay poder, hay resistencia y así lo supo Víctor apenas sus captores se descuidaron. Entonces comenzó a hacer copias extras de las fotografías y los documentos en los que trabajaba. Los fue ocultando dentro de una caja de papel fotosensible, que los oficiales de la marina no abrían por temor a velar el papel fotográfico. Víctor estaba decidido a cumplir con el mandato que se hicieron entre los detenidos en la ESMA: si alguien lograba sobrevivir tenía el compromiso de contar al mundo lo que allí adentro había ocurrido.

Y así fue que, dimensionando en su justa medida el valor documental de ese material, resolvió sacar las fotografías una por una. Lo pudo hacer cuando los oficiales de

la ESMA, decidieron implementar con él un régimen de salidas transitorias. Es decir podía ir de visita a su casa, pero tenía que volver a su cautiverio porque era fuertemente vigilado. Las ocultaba pegadas con cinta adhesiva entre los testículos, en las costillas o en las piernas y luego las escondía en un hueco ubicado en una de las paredes de su casa. Fotografías de oficiales de la armada, fotografías de detenidos desaparecidos: en esos registros se puede ver a Graciela Alberti, Alberto Donadio, Ida Adad, Enrique Ardeti, Pablo Lepíscopo, Josefina Villaflor, encarcelados clandestinamente y con el rostro visible del maltrato; o el de los oficiales Rubén Chamorro, Pedro Estrada, Adolfo Donda, Antonio Pernía, Alfredo Astiz, Jorge Acosta y Juan Carlos Rolón, rostros de hombres convertidos poco menos que en sicarios.

Pero la democracia llega, rememora Víctor, un buen día llega. Retorna en octubre de 1983, con el triunfo del dirigente Radical Raúl Alfonsín. Entonces Víctor, que está lleno de incertidumbre y en un contexto en el que la recuperación democrática empieza a ser apenas un esbozo, un contorno casi visible, un complejo en el que los dirigentes políticos de ese entonces discuten por dónde empezar, se acerca a la guardia de la ESMA y como quien dice ¡eh maestro!, le pregunta al oficial de turno: “¿Y yo, qué hago?”. Y el tipo lleno de incertidumbre piensa unos segundos y le dice: “¡Y... andate!”. Entonces a este militante popular, que es el último de los cautivos de la ESMA, lo liberan definitivamente. Será el 3 de diciembre de ese año. Aunque permanecerá vigilado por las fuerzas militares, por lo menos hasta agoto de 1984.

Víctor, a quien hasta ese momento los militares le habían expropiado la vida, toma las pocas cosas que tie-

ne y enfila hacia el portón de acceso. Cruza los patios interiores y el parque que separa el edificio principal de la ESMA de la avenida Libertador. Ve a un costado y otro. Es diciembre en la Argentina de la democracia naciente. Los jardines del presidio lucen radiantes, con el césped prolijamente recortado. Sobre la calle los autos circulan con total normalidad, indiferentes a esa mole que se extiende en uno de los barrios más ricos y caros de la Ciudad de Buenos Aires. Sale, como tantas veces lo hizo en los últimos años. Empieza a andar. Con los primeros pasos el edificio comienza a quedar atrás, en la más llana de las lejanías, pero no su historia. Víctor gira la cabeza y lo mira, lo contempla imperturbable durante unos segundos. Después se aleja caminando rápido.

